

AGUA FUERTE DE JULIO RUELAS





REVISTA MODERNA
DE
MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y LA CRITICA

Sr. D. R. Scafarelli.

Estimado amigo: No me pasó inadvertida, cuando tuvo usted la amabilidad de poner en mis manos el opúsculo de que es autor (1), cierta desconfianza suya respecto de la disposición de ánimo con que yo lo leería y juzgaría. Pensaba usted que llegaba á tienda de enemigo, y que su obsequio era la espada que se ofrece caballerosamente por la empuñadura. He de decir á usted en qué acertó, y en qué proporción, mucho mayor, no acertó.

Del punto de vista de las ideas, grande es la distancia que nos separa. Si sólo como profesión de ideas hubiera yo de considerar su opúsculo, resultaría quizá que no habría en él dos líneas que no suscitasen en mí el impulso de la contradicción, y en ocasiones, el sentimiento de protesta y de angustia con que se asiste al espectáculo de un espíritu capaz de

desplegar con amplia libertad su vuelo, y á quien contienen y limitan las trabas de dogmas difícilmente conciliables con los fueros de la libre investigación y de la razón independiente.

Pero si en sus páginas no hubiese más que la escueta exposición de las ideas, ellas no tendrían otro interés que el que consistiría en proponer una vez más al debate dogmas cien mil veces confesados, cien mil veces negados, cien mil veces controvertidos. Hay algo más que considerar en lo que usted ha escrito, y algo más hondo y original que las ideas, y es el espíritu personal, el sentimiento *ambiente*, el aroma de la fe que se entreabre en una alma joven y entusiástica y la embalsama é inspira: y este es el interés intenso que su libro entraña, esto es lo que le da valor moral y estético, ésta la nota que le redime de la vulgaridad.

Por otra parte, aunque en la clasificación de las ideas ocupemos campos dis-

(1) "El Mártir del Gólgota."

tintos, no hallo en mi espíritu repugnancia ni dificultad para ponerme al unísono del suyo, como lo exige la ley de simpatía, que es fundamento de toda crítica certera, á fin de comprenderle y juzgarle. Nada me irrita más que la religiosidad mentida, máscara que disfraza con la apariencia de una fe, propósitos temporales de más ó menos bajo vuelo; y la religiosidad tibia, frívola y mundana, sin profundidad y sin unción, *dilettantismo* indigno; y la groseramente fanática, que degrada al nivel de las brutales *disputas de los hombres*, las ideas que más excelsamente deben levantarse sobre toda baja realidad. Pero crea usted que nada me inspira más respeto que la sinceridad religiosa, donde quiera que ella se manifieste, cualesquiera que sean los dogmas á que viva unida. Ante el fervor que brota del recogimiento del corazón, y presta alas de inspiración al pensamiento y trasciende á la conducta en caridad y amor, respeto y admiro. Jamás me sentiré tentado á encontrar objeto de desprecio ó de burla en lo aparente y literal de un dogma, si por bajo de él, enfervorizando al espíritu que la profesa, percibí un hondo y personal sentimiento de impenetrable misterio de que son símbolos ó cifras todos los dogmas.

La preocupación del Misterio infinito es inmortal en la conciencia humana. Nuestra imposibilidad de esclarecerlo no es eficaz más que para avivar la tentación irresistible con que nos atrae, y aun cuando esta tentación pudiera extinguirse, no sería sin sacrificio de las más hondas fuentes de idealidad para la vida y de elevación para el pensamiento. Nos inquietarán siempre la oculta razón de lo que nos rodea, el origen de donde venimos, el fin adonde vamos y nada será capaz de substituir al sentimiento religioso para satisfacer esa necesidad de nuestra naturaleza moral; porque lo absoluto del Enigma hace que cualquiera explicación positiva de las cosas queda

fatalmente, respecto de él, en una desproporción infinita, que sólo podrá llenarse por la absoluta iluminación de una fe. De este punto de vista, la legitimidad de las religiones es evidente. Flaquean en lo que tienen de circunscripto y negativo; flaquean cuando pretenden convertir lo que es de una raza, de una civilización ó de una era: el dogma concreto y las fórmulas plásticas del culto en esencia eterna é inmodificable, levantada sobre la evolución de las ideas, los sentimientos y las costumbres. Y flaquean aún más y justifican la protesta violenta y la irresistencia implacable cuando, descendiendo de la excelsa esfera que les es propia, invaden el campo de los intereses y pasiones del mundo, convertidas en instrumentos de predominio material, que hieren con los filos de la intolerancia y aspiran á imponerse por la represión de las conciencias.

Si tuvieran la noción clara de sus límites, nada faltaría para sellar por siempre su convivencia amistosa con el espíritu de investigación positiva y con los fueros de la libertad humana. «La posición central de las religiones es inexpugnable», da dicho Herbert Spencer en aquel maravilloso capítulo de *Los primeros principios*, que se intitula *Reconciliación*, y en el que la austeridad del pensamiento científico llega—sin otra fuerza patética que su propia desnuda eficacia—á producir en nuestro ánimo conmovido el sentimiento de concordia, de paz, de beatitud, con que el espectador del teatro antiguo asistía en el solemne desenlace de la tragedia, á la solución y purificación de todo confluente de pasiones: efecto de serenidad ideal que constituye el más alto de los triunfos, así en la esfera del pensamiento especulativo como en la del arte.

Yo, que soy tan profundamente latino en mi concepción de la belleza y de la vida, y en mis veneraciones históricas, encuentro en nuestro *libre pensamiento*

latino una tendencia á la declaración *forencé*—eterna enemiga de la austera *mens interior*—y una unilateraridad y una ausencia de delicadeza y penetración intuitiva para llegar al espíritu de las religiones y comprender y sentir su eterno fondo inefable, que le dejan á cien leguas de las inopinadas intenciones de un Carlyle, cuyo sentido profundo alcanza hasta iluminar el germen noble de idealidad y superiores anhelos que despunta en la acoración temblorosa del salvaje ante el grosero fetiche. El pensamiento francés es mi encanto, y con todo, muy rara vez he encontrado en autores franceses aun los más sutiles, aun los más hondos, página donde se establezca la posición de la conciencia libre frente al problema religioso, de manera que plenamente me satisfaga. Ernesto Renán es una excepción. Hay en la manera cómo este extraordinario espíritu toca cuanto se relaciona con el sentimiento y el culto del eterno Misterio, un tacto exquisito y una facultad de simpatía y comprensión tan hondas que hacen que se desprenda de sus páginas—*escépticas y disolventes* para el criterio de la vulgaridad—una real inspiración religiosa de las más profundas y durables, de las que perseveran de por vida en el alma que ha sentido una vez más su balsámica unción.

El libre pensamiento, tal como yo lo concibo y lo profeso, es, en su más íntima esencia, la tolerancia; y la tolerancia fecunda no ha de ser sólo pasiva, sino activa también; no ha de ser sólo actitud apática, consentimiento desdeñoso, fría lenidad, sino cambio de estímulos y enseñanzas, relación de amor, poder de simpatía que penetre en los abismos de la conciencia ajena en la intuición de que nunca será capaz el corazón indiferente.

Y más que cualesquiera otras, son las cuestiones religiosas, las que requieren este alto género de tolerancia, porque son aquellas en que por más parte entra el fondo *inconsciente* é inefable de cada es-

píritu, y en que más se ha menester de esa segunda vista de la sensibilidad que llega adonde no alcanza la perspicuidad del poco conocimiento.

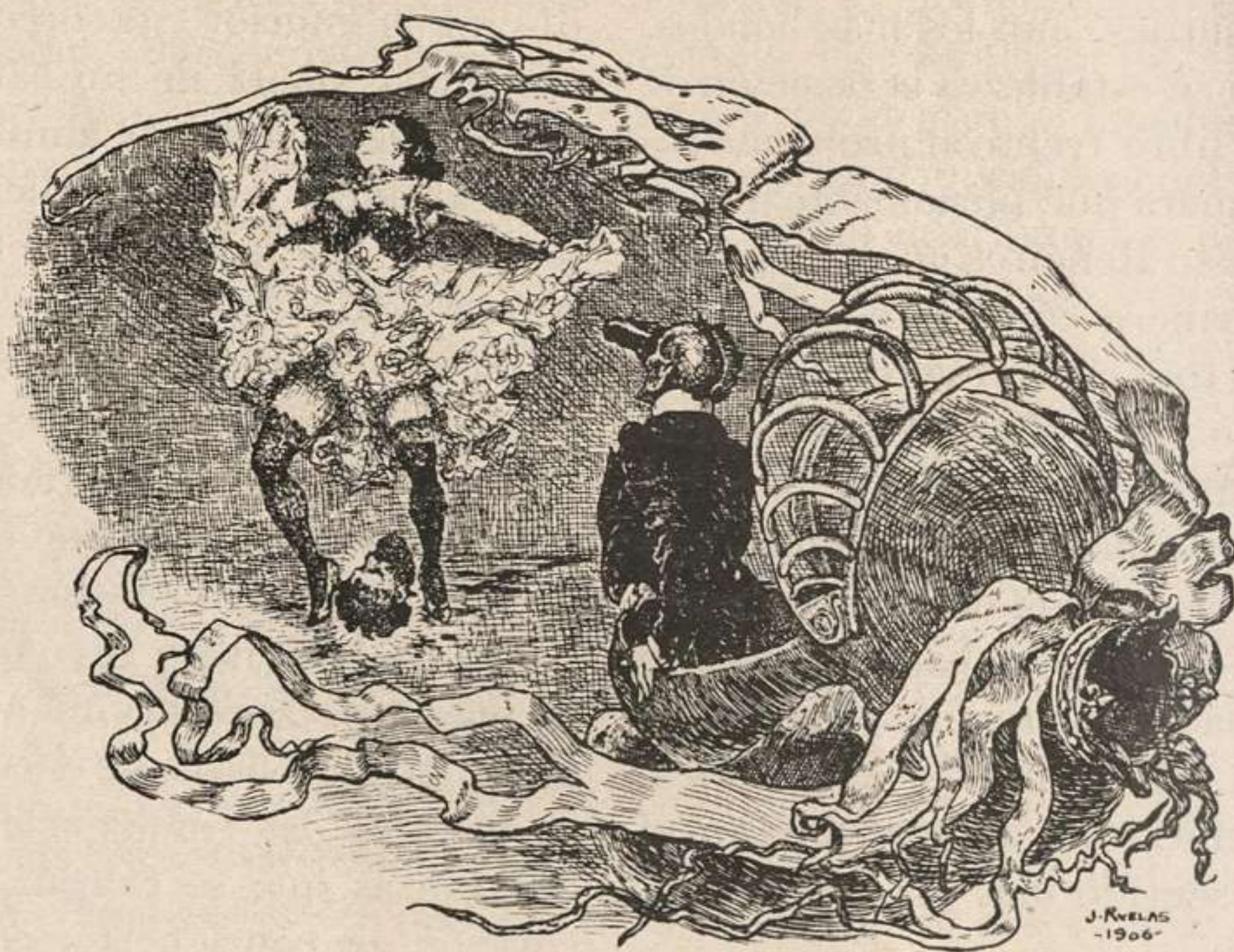
Con esa tolerancia he leído, sentido y comprendido su libro; yo, que si como objeto de análisis friamente intelectual hubiera de tomarlo, sólo hallaría motivo en él para una crítica estrecha y negativa. En general, con esa tolerancia encaro cuanto leo si reconozco en ello sinceridad; ya se tratè de religión, de ciencia y de literatura. En la educación de mi espíritu, de una cosa estoy satisfecho; y es de haber conquistado, merced á una constante disciplina interior—favorecida por cierta tendencia innata de mi naturaleza mental,—aquella superior amplitud que permite al juicio y al sentimiento, remontados sobre sus estrechas determinaciones personales, percibir la nota de verdad que vibra en el timbre de toda convicción sincera, sentir el rayo de poesía que ilumina toda concepción elevada del mundo, libar la gota de amor que ocupa el fondo de todo entusiasmo desinteresado.

Por eso, del libro suyo que vino á mí no puede decirse que viniera á real de enemigo. ¿Quién habla de enemistad cuando se trata de las confianzas de ideales y esperanzas que se cruzan de corazón á corazón, de conciencia á conciencia? La enemistad por razón de ideal es cosa de fanáticos: de los fanáticos que creen y de los que niegan. Las almas generosas hallan en la misma diferencia de sus ideas, y en los coloquios que de esta diferencia nacen, el fundamento de una comensalía espiritual. Nos encontramos en el camino; usted me habla de su fe, y del amor que le tiene, con sinceridad y entusiasmo; yo le escucho con interés. Cuando me llegue el turno yo le hablaré con igual íntima verdad de la manera como á mi alma se impone la atracción del formidable enigma y de lo que creo y de lo que dudo; y usted me escuchará también, y así ambos saldremos ganando, porque lo

único que no deja beneficio al espíritu es la falsedad, es la vulgaridad, es la pasión fanática, es el sermón del clerizonte zafio sin caridad ni delicadeza, es la inventiva del jacobino furibundo sin elevación ni cultura; mientras que siempre hay al-

go que aprender en lo que piensa y siente sobre las cosas superiores un alma lealmente enamorada del bien y la verdad. Créame; su afectísimo amigo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.





A UNA CITAREDA

I

Viene de amor tu canto, citareda,
 á aletear en mis sueños y en mi estancia,
 como al suave recuerdo de la infancia
 una canción del alma, blanca y leda.

Y de mi corazón la pena queda
 derrama en el silencio su fragancia,
 como una ánfora quiebra su elegancia
 y un bálsamo de nardos riega y veda.

Que tus notas me encumbren del hastío!
 que tus notas consuelen mi quebranto!
 desciende á mi doliente desvarío....

y ya que viertes de mi vida el canto,
 de mis marchitos ojos besa el llanto
 y mátame de amor, corazón mío!

II

Del mal del alma sollozando amores
 plañe de amor tu cítara, y se quiebra
 en una vibración que el alma enfiebra
 con la fiebre de ardientes sinsabores.

Y tu canción enhebra mis dolores
y mis delirios tu canción enhebra,
y anuda al corazón como culebra
mi angustia en sus anillos constrictores !

Y te quejas y lloras y yo sueño
á pesar de mi fiebre y mi tortura :
¿ por qué lloras, mi amor, por qué te quejas ?

Déjame á mí sufrir por tu ventura,
y ascender al suplicio de mi ensueño
bajo el arco de triunfo de tus cejas !

III

Oh, por piedad, tus notas ya no viertas,
que de tanto penar enfermarías,
y al vuelo de tus suaves melodías
las alas de mi ensueño van inciertas !

En mi oleaje de bravuras yertas
flotan tus dulces laendlers y elegías,
como un coro de náyades umbrías
en el sueño del mar velan alertas.

. . . Mas no ! canta mi vida enamorada,
canta mi muerte, pues de amores muero
la cadena de amor en mi alma solda !

y plañirá tu cítara encantada
en mi cielo de amor el lastimero
beso de muerte de Tristán é Isolda !

RUBÉN M. CAMPOS.





EL IDILIO DE LAS SERPIENTES

Eran dos cascabeles en una mañana azul..... Ella se enroscó al tronco de un castaño y trepó moviendo febrilmente sus caderas cambientes. Arriba se columpiaba el nido de los mirlos. Era joven y hermosa, ágil y voluble.

El permaneció al pie del castaño mirando ávidamente la caza de su compañera; era ya viejo, y no podía trepar. Arriba se columpiaba el nido de los mirlos. Mas.....él era viejo y no podía trepar.

Aquella mañana azul las dos serpientes riñeron.....

Ella siguió enroscandose al tronco de los castaños, y trepaba moviendo febril-

mente sus caderas cambientes. Arriba se columpiaba el nido de los mirlos. El, echado entre los juncos secos, soñó escanciar en el pétalo de una margarita la sangre roja de los polluelos implumes.

Cuando despertó, ya el sol se iba hundiendo tras el tupido remaje de los castaños, y entonces miró ávidamente la caída del sol.

Arriba ya no se columpiaba el nido de los mirlos y su compañera había traspasado el bosque.

CHARLES BAUDELAIRE.





Don Manuel José Othón.—Muerto el 28 de Noviembre de 1906



LAPIDA

(EN LA TUMBA DE MANUEL JOSÉ OTHÓN).

En la piedra que guarda tus despojos
clamen y llenen duelos y cariño,
que de la muerte riñen los enojos.

Plañan quienes te amaron desde niño,
quienes tendieron flores á tu planta
y de tu alma celaron el armiño.

Que se inunde de lágrimas la santa
y affligida mansión, en cuyo seno
dió armónicas primicias tu garganta,

oh rival de Cyrano, artista y bueno,
que atravesaste lúteas impurezas,
con tu penacho incólume de cieno!

Y mientras rememoran tus noblezas
en el hogar, antaño de alegría
y espina la crueldad nobles cabezas,

cúmpleme, abandonando la sombría
pesadumbre sañosa que me inquieta,
quemar una turífera elegía

ante la inerte forma del poeta,
maestro de la lira rusticana,
genio de la bucólica paleta,

á quien desconoció la turba insana,
que brotar no le vió sobre el tumulto,
flamígero cual rútila mañana.

¡ Y él, respondiendo al fraude y al insulto,
desparramaba músicas y rosas
en el camino del burgués estulto!

¡ Oh sublime pintor de bellas cosas!
¡ oh caballero bondadoso y triste!
¡ oh rápsoda de rimas luminosas!

yo no puedo llorar, porque naciste
á la vida inmortal de las edades,
que de cetro y de púrpuras inviste.

Tu mérito, lanzando claridades,
perdurará del tiempo en la memoria,
como en los corazones tus bondades.

¡ Con qué intensión y júbilo la historia
burilará tu nombre sacrosanto,
que recibió el bautismo de la gloria!

Vaya el afecto con mi humilde canto,
vestido de crespones, como un luto
salpicado con gotas de acre llanto,
á la fosa en que duerme el impoluto
varón, el dramaturgo giganteo,
el galano cantor del bosque hirsuto

Como á soplo divino, á su deseo
surgió de los abismos de la nada,
tibia y fulgente al resplandor febeo
una carne convulsa y animada,
un existir prolífico y fecundo,
un alma por pasiones agitada.

Y su hombre fué Y el pensador profundo,
potente como Dios, sobre la escena
hizo andar y vivir á todo un mundo.

Y aun más que un sér humano, en la serena
distancia de los evos, tendrán vida
sus personajes de dulzura y pena.

¿ Quién puede señalarnos la medida
de la existencia terrenal del drama,
que cinceló su pluma florecida?

Mientras luzca el cerebro como flama
y el espíritu flagre como fuego,
mientras palpita un corazón que ama.

Así su lengua duración, y luego
en el cenit se perderá de vista
con el planeta que camina ciego

No sólo en la dramática el artista
vibró como laud de vidrio y oro,
sino, ingente cantor y colorista,

robar pudo á las linfas el sonoro
y manso cuchicheo, á Pan la flauta,
al nido alegre el despertar canoro,

á la sirena que compele al nauta
el canto seductor ; al ave, el trino,
á la corriente que murmura incauta

el borbotón de ondisonante lino,
el monólogo eterno á la espesura
el zureo al reclamo columbino,

el estruendo á los lurtres de la altura,
á la borrasca lóbrega el concento,
al torrente la gárrula pavura,

el idioma orquestal al rauco viento,
al soto la apacible melodía
y al marino fragor el bronco acento.

Y mezclada esa múltiple armonía,
rebotante de vívidas escalas,
formó su wagneriana sinfonía.

Luego, por colorar aquellas galas,
tomó el zarco ternísimo del cielo,
batiendo al aire condorinas alas.

Y parando en el sol firme su vuelo,
arrebató los nítidos fulgores,
cuyo tacto es un iris en el hielo.

Descendió del infierno á los negroses
y, con puños de sombras en la mano,
pintó de la Walpurgis los horrores,

y con las crines del invierno cano,
las palomas, los nardos y los lirios
y los grumos de ovejas en el llano,

con la intensa rojez de los martirios,
cuadros de urente amor á la pobreza,
himnos para holocausto como cirios

El sepia de los troncos, la terneza
del rosicler, el gríseo del nublado,
del arrebol occíduo la viveza,

el verdegay novísimo del prado,
los jaspeados ocres de la duna
el ámbar de la espiga en el sembrado,

el cremesino belfo de la tuna,
el pardo ras de la llanura escueta
y hasta el argénteo lloro de la luna,

el índigo del monte, de la grieta
el musco paladar ¡ toda la gama !
ese mago retuvo en su paleta.

Y supo describir desde la escama,
que destella en el piélagos sin fondo,
hasta del sol la inextinguible llama !

Desde la mueca pánica del hondo
abismo atroz que la horridez anega,
hasta el picacho, á las auroras blondo

Si á la obra poética se llega,
que fondo y forma con virtud marida,
de Natura se ve la enorme brega,

é invaden á la mente conmovida,
cual del bosque en la vírida maraña,
borracheras de luz, de aire, de vida.

Abochorna en la siesta la campaña ;
y se aspira y absorbe á pulmón pleno
el húmedo frescor de la montaña.

Cada verso trasciende á savia y heno
cada estrofa es pebete de pinares,
que dan salud, reconfortando al bueno,

que alivian desconsuelos y pesares
y á la diurna tarea son delicia
y, de noche, al reposo, luminares.

A su hechizo resurge la caricia
de una pródiga y alma primavera,
á la simiente y al botón propicia ;

ó el caluroso estío rebervera
y desatando su collar la lluvia
remoja, limpia y bruñe la pradera ;

y la procela indómita diluvia
tronchando hierbas, frutos y retoño
y despeinando la panoja rubia,

cuando ensaña los ábregos otoño
y su ira devasta, impreca, zumba
y el pájaro derrota el gentil moño.

Y sobre aquella trágica balumba
cae el mustio silencio de la nieve,
para los campos marmorosa tumba....

Increible parece que la breve
existencia purísima del bardo
lanzara esa labor al tiempo aleve,
panal abierto en enemigo cardo
y en fusca lontananza, que surtía
mieles para endulzar el hostil dardo!....

Tu mano siempre tuvo, ilustre y pía,
leños y hogar al huérfano doliente,
perdón para la humana felonía.

Y hasta por noblecer ínvida gente,
el mendrugo arrancaste de tu labio
y los gloriosos lauros de tu frente.

Prosador, dramaturgo, esteta y sabio,
no hubo un sitio en tu pecho, aunque gigante,
en que cupiera el dolo ni el agravio.

De la Naturaleza en el amante
regazo duerme tu cadente brío,
como, en joyero fiel, rico diamante.

El tornará copioso el yermo erío
con floríferas notas de colores
y con un riego musical de río;

hará más imponentes los clamores
y los arcanos del sauzal espeso
y más reverdecidos los alcores;

y á la fuente de rítmico embeleso
y á la espúmea cascada de airón blanco
arpegios donará su claro beso.

Y como Febo, al desteñir el flanco
del viso audaz, coronará la cumbre
y arderá en las entrañas del barranco.

Y encima de la térrea muchedumbre,
que amansa el bien y la maldad agita,
coruscará su compasiva lumbre....

La tierra, bajo el peso de infinita
 aflicción y al ausente dando arrullo,
 por siempre velará losa bendita.

Y sonriendo de inefable orgullo,
 besará con su boca de alborada
 al vate del selvático murmullo.

Y, cuando del encomio fatigada,
 rompiendo, á sordas greyes en reproche,
 el mudo caramillo en la quebrada,

suelte su lloro en estelar derroche,
 como gimiente y lastimosa viuda,
 se vestirá los lutos de la noche

Y allá, dentro la casa orante y muda,
 abundosa en lamentos y quebranto,
 de regocijos y calor desnuda,

donde el vuelo ensayó tu primer canto,
 do floreció tu prístina violeta
 que aun vive, á perfumar tu camposanto,

quedan flotando en la penumbra quieta,
 la herencia de honradez que recibiste
 y tu ejemplo de mártir y poeta.

Rumbo á la gloria perennal partiste,
 ¡oh sublime pintor de hombres y cosas!
 ¡oh caballero bondadoso y triste!
 ¡oh rápsoda de rimas luminosas!

JOSÉ M. FACHA.

Para la REVISTA MODERNA.





“SIMONA”

POEMA CAMPESINO

Los cabellos

Simona, hay un gran misterio en la selva de tus cabellos.

Hueles á heno, hueles á piedra donde han estado las bestias; hueles á cuero, hueles á trigo recién dechado; hueles á leña, hueles al pan que se vende por la mañana; á las flores que retoñan en una tapia abandonada; hueles á zarza, hueles á hiedra lavada por la lluvia; hueles al junco y al helecho que se siega al caer la tarde; hueles á espino, hueles á musgo, á la hierba marchita y roja que se desgrana á la sombra de los setos; hueles á ortiga y á retama, hueles á trébol, hueles á leche; hueles á hinojo, hueles á anís; hueles á nueces, á los frutos que están maduros y se cogen; hueles á sauce, hueles á tilo cuando sus hojas tienen flores; hueles á miel, á la vida que corre en las praderas; hueles á tierra y á ribera; hueles á juego, hueles á amor.

Simona, hay un gran misterio en la selva de tus cabellos.

La Nieve

Simona, la nieve es blanca como tu cuello; Simona, la nieve es blanca como tus rodillas.

Simona, tu mano es fría como la nieve; Simona, tu corazón es frío como la nieve.

La nieve no se funde sino á un beso de fuego; tu corazón no se funde sino á un beso de adiós.

La nieve es triste sobre las ramas de los pinos; tu frente es triste bajo tus cabellos castaños.

Simona, tu hermana la nieve duerme en el jardín; Simona; tú eres mi nieve y mi amor.

El acebo

Simona, el sol se ríe sobre las hojas del acebo; Abril ha vuelto para jugar con nosotros. Sobre sus hombros trae cestas de flores y las da á los espinos, á los castaños, á los sauces; las siembra, una por

una, entre la hierba de los prados, á la orilla de los arroyos, de las lagunas y de los fosos; guarda los junquillos para el agua, y la hierba doncella para el bosque, en los parajes en que se alargan las ramas; arroja las violetas en la sombra, bajo las zarzas, donde su pie desnudo las oculta y las hunde sin miedo; á todas las praderas él les da margaritas, y primavera que tienen un collar de campani-

llas; deja caer los lirios en las selvas, con las anémonas, á lo largo de los frescos senderos; planta lises sobre el tejado de las casas, y en nuestro jardín, Simona, donde se está tan bien, derramará á pajarrillos y pensamientos, jacintos y el buen olor del alhelí.

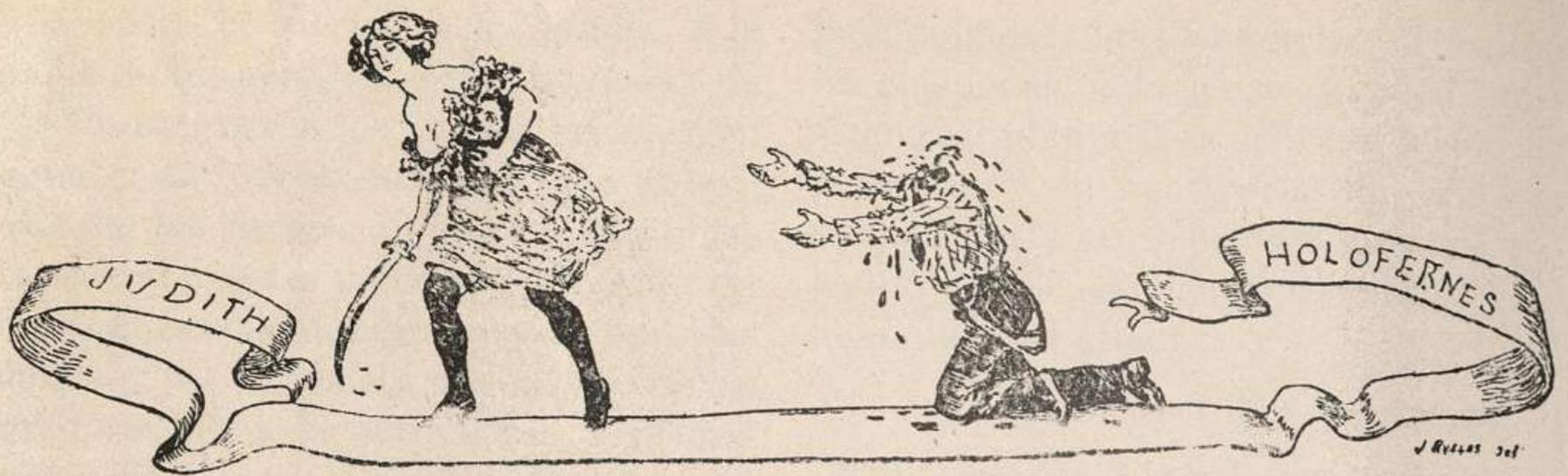
REMY DE GOURMONT.

Comunicación de JUAN R. JIMENEZ.





Grupo decorativo para el ingreso principal del
Palacio de Bellas Artes de Barcelona.
Boceto premiado.—Por los Hermanos Oslé.



Los Paisajes Galantes

A LUIS G. URBINA.

El exímio porta-lira. Homenaje.

Alba Romántica.

Constelaron las lágrimas los cielos
de tus hondas pupilas nazarenas,
y sobre los capullos de azucenas
de tus manos, con torvos desconsuelos,

reclinaste la testa parnasiana
De tus crenchas la rútila madeja
flotó como una flámula bermeja
en el triunfo de luz de la mañana !

Irrumpían en rosas los alcores,
que en la gloria de su policromía
recamaban del césped los verdores.

Y ante tu femenil melancolía,
en mi espíritu lleno de clarores
cantó el pájaro azul de la Alegría !

Sus sabias manos, en sus caricias parcias,
que no aromatizaron de violeta
las mías, en sus mimos de coqueta,
mostraban de mis ósculos las marcas.

Eran las claras gotas de la lluvia,
alfileres argénteos en la rubia
seda ducal de su cabello aurino.

Y al descender cantando cuesta abajo,
miré su pierna de contorno fino
entre el encaje azul de su refajo !

El Verso.

La romántica reja empenachada
de yedias, que custodia tus jardines,
con un cándido engarce de jazmines
encuadró tu figura delicada.

Y en la esperal quietud, solemnizada
por un lejano lloro de maitines,
puso erótico término á mis fines
tu boca, como adelfa ensangrentada.

Enguantaba de besos tus astrales
manos, divinamente virginales....
y cuando de tu faz en el armiño

el rubor comenzó á desvanecerse,
mi verso—ave de luz—voló á prenderse
en el negro moaré de tu corpiño !

Los Cisnes.

Una fuga de cisnes de alabastro
señaló, con olímpica pereza,
en el diáfano estanque de turquesa
—haz de alados nenúfares—su rostro.

Tú, en la márgen, los brazos á la espalda,
eras bajo del glauco peristilo
del bosque, una gentil Venus de Milo
sobre un rústico fondo de esmeralda.

El Triunfo del Oro.

Oro en el sol ; en tus cabellos, oro !...
 Lejos, moviendo el ocre de sus olas
 el trigo, ensangrentado de amapolas...
 A nuestros pies fugándose el sonoro
 raudal, como un interminable lloro,
 entre deshogazones de corolas...
 Nosotros escuchábamos á solas
 el *scherzo* de un pájaro canoro.

Cruzó como una racha de embeleso
 que dejó en el candor de porcelana
 de tus mejillas, un carmín impreso.

Y en el desmayo de la tarde grana,
 interrumpió la música de un beso
 la paz de la campiña virgiliana.

For ever!

Un romántico « *adios* »... y la quejumbre
 de su lírico acento de Gioconda,
 saturó totalmente de una honda
 tristeza, la campestre mansedumbre.

Selene, erguida en la cercana cumbre
 cual una enorme Gema de Golconda,
 munificó su cabecita blonda
 con el vago misterio de su lumbre.

Y en tanto que lloraban sus pupilas,
 é imprimía el Dolor su torvo rastro
 de sus ojeras en los cercos lilas ;

rodó, como un augurio de mi duelo,
 la luminosa lágrima de un astro
 en los brocados fúnebres del cielo !

Gota de Lluvia.

Llovía... El mar de sus pupilas zarcas
 tuvo en su ondulación una secreta
 congoja ; duplicaban su silueta
 mágicamente en su verdor, las charcas.

Ese de nuestra historia fué el compendio....
 Con su puñal de luz rasgaba un astro
 el horizonte que mintió un incendio.

Hasta que al irte como dogaresa,
 otra fuga de cisnes de alabastro
 volvió á nevar las ondas de turquesa !

Aparición.

En el misterio del jardín antiguo
 lleno de aromas y de confidencias,
 donde pone la luna opalescencias
 de cuento azul con su fulgor ambiguo,

monologaba yo.... Viendo el exiguo
 chorro, silabeante en sus cadencias,
 reía, ebrio de luces y de escencias,
 un joven fauno al surtidor contiguo.

« *Blonda de leche y miel,* » bajo la umbría
 selva, te ví surgir.... Con agonía
 lenta, la luz se ahogaba en los topacios
 inmensamente tristes de tus ojos ;
 mientras dejó la Tarde en los espacios
 toda una primavera de sonrojos !

En la divina hora.

Espiritualmente coqueta, ibas
 aristocratizando la alameda,
 y empapando en fragancias de reseda
 las áuras, musicalmente lascivas,

Tras de tí, mis miradas pensativas
 bajo el oro autumnal de la arboleda,
 envolvían tu clámide de seda
 en sus ondulaciones fugitivas.

La gloria vespéral tuvo una vasta
 invasión de noctívagos murmullos....
 Hacia lo lejos tu silueta casta

se ahogó con la esmeralda del ramaje....
 Y un fosfórico vuelo de cucuyos
 consteló la penumbra del paisaje !

Dea.

Iba un largo cortejo de miradas
loando la elegancia y el pergeño
de tu pié aristocrático y pequeño,
de tus monjiles manos enguantadas.

Tus eurítmicas formas, apresadas
en el perlado gris del tul sedeno,
eran, en el lirismo de mi ensueño,
galantemente madrigalizadas.

En el exangüe lirio de tu frente
calcaba la sombrilla sus sonrojos
Y dejaba, con gracia displicente,

la fiebre luminosa de tus ojos.
en las serenidades del ambiente
como una inmensa floración de antojos !

Mi lectora.

En la triunfante gloria de tu gracia
que melancolizaba el tramantano
sol, un libro hojeabas con tu mano
de palideces próceres de acacia.

—Ronda de mariposas—iban hacia
tu boca loca de carmín pagano
mis madrigales, ebrios del profano
hechizo de tu ilustre aristocracia.

En el lóbulo rosa de tu oído
abría con la luz su ojo encendido
un sangriento y simbólico granate.

Y un cisne-surtidor, entre las frondas,
bañaba su plumón de albura mate
con una estelar lluvia de golcondas !

Bulevardiére.

Reclinabas tu histeria en los cojines
monogramados de tu azul calesa,
mostrando al borde de tu veste fresa
las puntas cremas de tus brodequines.

Sobre sus eucarísticos satines
esbozaba tu faz una promesa,
y en tu púber garganta de princesa
los corales ponían sus carmines.

El cándido plumón de tu sombrero,
gallardo como airón de mosquetero
sobre tu frente se elevaba inmóvil.

Principió el «firt»... Pero en el mismo instante
envolvió en humo gris un automóvil
la gracia de tu pálido semblante !

Nocturno pasional.

Pensativos tú y yo, bajo la enhiesta
cúpula de los álamos de plata,
oíamos la triste serenata
que enviaba la locura de la fiesta.

¡ Oh, divino silencio !... Tu escarlata
boca, melificaba una respuesta,
mientras lloró la fuente en la floresta
su llanto melancólico de plata.

El musical sollozo de las violas
rompió el « spleen » de las callejas solas...
Un beso puse—pasional estigma—
en tu alba frente que nelumbo finge.
Y bañó mis asombros el enigma
de tus ojos extáticos de esfinge !

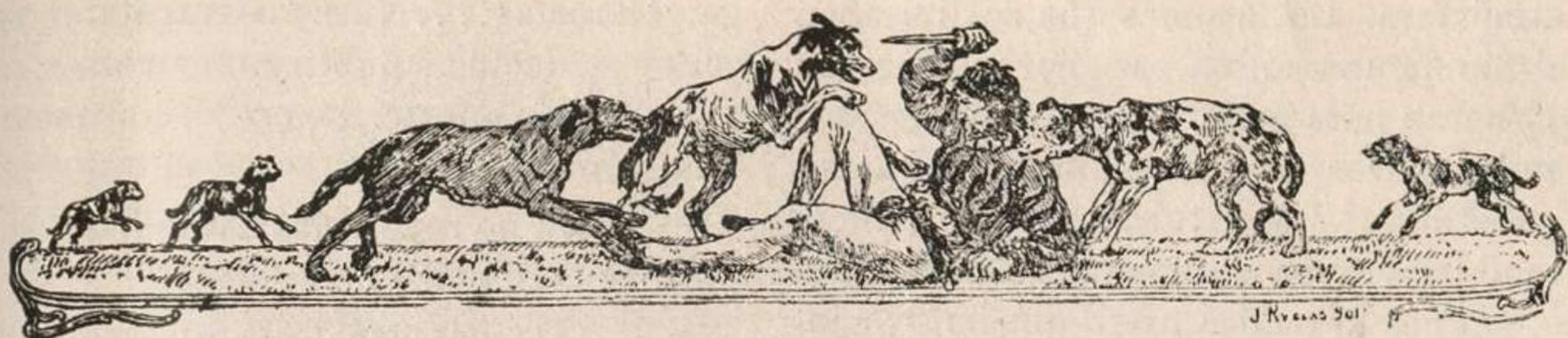
JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ.

(Para la REVISTA MODERNA).





LA POBLADORA, por Luciano Osle.



DEDICATORIA A LA PRIMAVERA

De "*Vendimias Juveniles.*"

Estábamos en un campo florecido de mariposas. Las había de alas rojas como manchas de sangre, las había azules de ideal, obscuras de tormenta, verdes, grises y enlutadas. . . . Todos los colores en ebullición. Se hubiera dicho que burbujeaba el arco iris y que bajo el sol radioso brotaban de la tierra, en chorros desiguales, todas las piedras preciosas y todos los tesoros del mar.

—¿Por qué no publica usted sus versos?—preludió la voz de cítara de mi compañera.

Nos habíamos alejado del grupo bullioso y vagábamos al azar por el campo inculto cambiando frases cortas que no eran más que roces para no perder contacto y ardides para averiguar si coincidían nuestros silencios. Esa conversación de puntos suspensivos, bajo la brisa alada, cerca del océano azul, cobraba un encanto singular.

Mi compañera tenía dos ojos azules y una boca fresca. Delgada, flexible, con su cabellera rubia y sus mejillas rosadas, era una primavera de diez y seis años.

El aire la levantaba el sombrero y era de ver la gracia con que sus manos diminutas lo aseguraban á cada instante con un gesto impaciente que parecía el parpadear de una rosa.

—¿Mis versos?—repuse, despertando.
—¿Cómo ha sabido usted que yo hago versos?

—Me lo ha dicho un gusanillo de luz que los ha visto intercalados en sus libros de prosa y salpicados en el álbum y en la tarjeta postal.

—Son juegos de salón que acaban con el día, pequeñas claridades interiores que pueden vivir en la intimidad, pero que se extinguirían en público. Sólo son para dichos al caer del crepúsculo entre dos bocas. Si usted quiere oírlos, se los recitaré todos. . . . Pero publicarlos. . . . no me lo pida usted, porque no puede ser.

—Por eso mismo se lo pido; yo me alimento de imposibles.

—Lo lamento.

El sol escondido entre las nubes dejó pasar por un desgarrón un haz de flechas doradas y calientes que incendiaron la

atmósfera. Los árboles que se divisaban al pie de una colina parecieron hacer un esfuerzo para arrancarse de la tierra y andar. Dos gorriones pasaron, persiguiéndose. La naturaleza toda pareció temblar en una embriaguez loca de vida.

—Pues lo tendrá usted que hacer—institió la cuitada con los ojos brillantes, ensayando en un capricho de coqueta todas sus armas de oro.

Y como si se prometiera triunfar á cualquier precio, repitió:

—Lo tendrá usted que hacer.....

—Si lo hiciera—consentí, en broma, sin advertir que perdía terreno,—¿qué me daría usted en cambio?

—Pida.....

.....
¿Qué había en los ojos ardientes y burlones de la niña audaz? ¿Qué había en los labios tentadores é irónicos de la mujer en flor? Son misterios que sólo puede descifrar la primavera. Lo cierto es que lo olvidé todo y, vencido, murmuré:

—Un beso.

.....Fué un fogonazo de gloria. El resplandor se comunicó á cuanto nos rodeaba. Los labios se confundieron y, toda en rojo, con cierta ansiedad nueva en la fuga, la traviesa echó á correr por el campo hacia el lugar donde estaban los compañeros de pic-nic. Los encajes de su vestido de muselina flotaron al viento como dos alas. Los cabellos rubios semideshechos le cayeron en rizos hasta los hombros. Y sobre el zapato blanco de piel opaca, brilló en las ondulaciones del correr la media transparente de seda negra.

Yo la seguí turbado.....

Cuando nos reunimos al grupo, mi amiga tenía los ojos y la fisonomía habitual.

—Traigo una noticia!—gritó aturdidamente, desbaratando las conversaciones y conmoviéndolo todo, con esa inconsciente impetuosidad juvenil que subyu-

ga. ¿Sabéis?.... Nuestro intratable escritor se decide á publicar sus versos.....

Y luego, aparte, como si continuara una conversación:

—Ahora no repetirás, Raquel, que soy incapaz de ganar una apuesta.

.....De más está decir que se guardó de confesar lo que le había costado ...

*
* *

Si una tarde de primavera decidió la publicación de estas estrofas, sólo ahora, en otoño, en la vejez del año, puedo, cumpliendo la palabra empeñada, dedicar algunas horas á reunir las. Es una tarea material que me sume en una encantadora tristeza.

A través de los *stores* de mi gabinete de trabajo veo la calle descolorida por donde pasan los transeuntes friolentos.... Ha llovido y las aceras están salpicadas por las últimas hojas mustias que han caído de los árboles ... Bajo el cielo gris como las casas y como el alma de las gentes implora un organillo al volver la esquina.....

Pero la tristeza del paisaje no impide que surjan dentro de mí inesperadas iluminaciones..... ¿Qué extraños jardines renacen en el corazón?..... Cada verso evoca una ciudad ó una sonrisa.....

Son horas que pasan bajo una lluvia de flores..... A veces me interrumpo y me quedo con los ojos fijos, reviviendo las circunstancias que dieron vida á la estrofa..... Trato de recordar la fecha en que la escribí.... Febrero de 1903.... ¡Hace cuatro años!..... ¿Quién nos arrebató los instantes? Otras veces releo la página y dudo..... Me sobrecoge de nuevo la primera vacilación.... ¿Debo dejarla imprimir?... ¿Merecen llegar hasta el público estas ingenuidades del sentimiento?..... Porque la poesía es la desnudez del alma. Y no todos pue-

den comprender, desde sus vidas, las circunstancias que justifican nuestros desvaríos. . . . Sin embargo, las hojas están ahí sobre la acera. . . .

¡Que el viento se las lleve! . . . Si Ninón estuviera aquí, se reiría al verme copiar estos versos que con un racimo de uvas blancas fueron nuestra cena de una noche en el desván de la calle de Sain Jacques. . . . Pero, ¿dónde está Ninón? . . . ¿Y Elena? . . . ¿Y lady B***? . . . ¡Cuán triste es advertir que nuestra juventud empieza á tener pasado! . . . Entre los veintiocho y los veintinueve años se encorva el alma desfalleciente bajo los primeros recuerdos. . . . Todas estas estrofas que se retorcerían y desaparecerían en un segundo si las quemara, representan paisajes, risas, tristezas y sueños locos. . . . Son las tempranas palpitations de una existencia, las vendimias de mi primera juventud. . . . Si van al libro con su sinceridad de niños desnudos, no me lo reproche el lector, que todo ello ha tenido la ingenuidad de las rosas. Salte esas páginas si el disgustan, que más lejos hallará otras, igualmente juveniles, aunque menos primaverales. Pero no me exija que borre de un trazo el color de las auroras. En medio á las alegres fiestas venecianas de nuestra juventud, cuando en las góndolas enguirnaldadas de ilusión van nuestros corazones á conquistar lunas, siempre aletean en la sombra, como preludios de porvenir, algunos besos. . . .

*
* *

Muchas de estas páginas han sido escritas ayer, otras datan de hace algunos años, pero todas son igualmente sinceras y naturales. Yo creo que poesía es transparencia de alma, ingenuidad emotiva, pureza sentimental, reflejo de esos cielos interiores que todos tienen, pero sólo algunos se saben descubrir. Rimar no es

empujar una tarea de artífice egoísta; es sugerir una palpitation humana, despertar un perfume de excelsitudes, hacer una síntesis de lo mejor que llevamos dentro. Ser poeta es declararse caballero armado de la Ternura y del Bien, izar bandera de altruismo; desdeñar el odio y florecer en las cimas. Por esta razón, porque la belleza no está en el verso sino en el alma, excluyo del libro muchas composiciones que he juzgado convencionales, arteras ó mal dirigidas. Quiero que todas las hojas lleven su estremecimiento silvestre, que todas digan—con mayor ó menor intensidad, con mayor ó menor brío, —felicidades ó tristezas *humanas*. Son en realidad los primeros y probablemente los últimos versos que publico. Con ellos mato mi primera juventud y echo la llave á los cuentos imposibles.

Porque estas vendimias juveniles no marcan en mi vida literaria más que un intermedio de la acción, un *á coté*. En los tiempos de lucha por que atravesamos, el hombre debe casi más á la justicia y á la verdad, que al ensueño y á la belleza. Su arma es la prosa flexible y ágil. Además, la actividad múltiple y atormentada que llevamos, no deja reposo para mariposear en pleno azul. La vida nos atrae y nos ahoga con sus olores acres. De ahí que estas páginas—reunidas por un capricho tuyo, Margot,—no sean más que una sonrisa entre dos gestos.

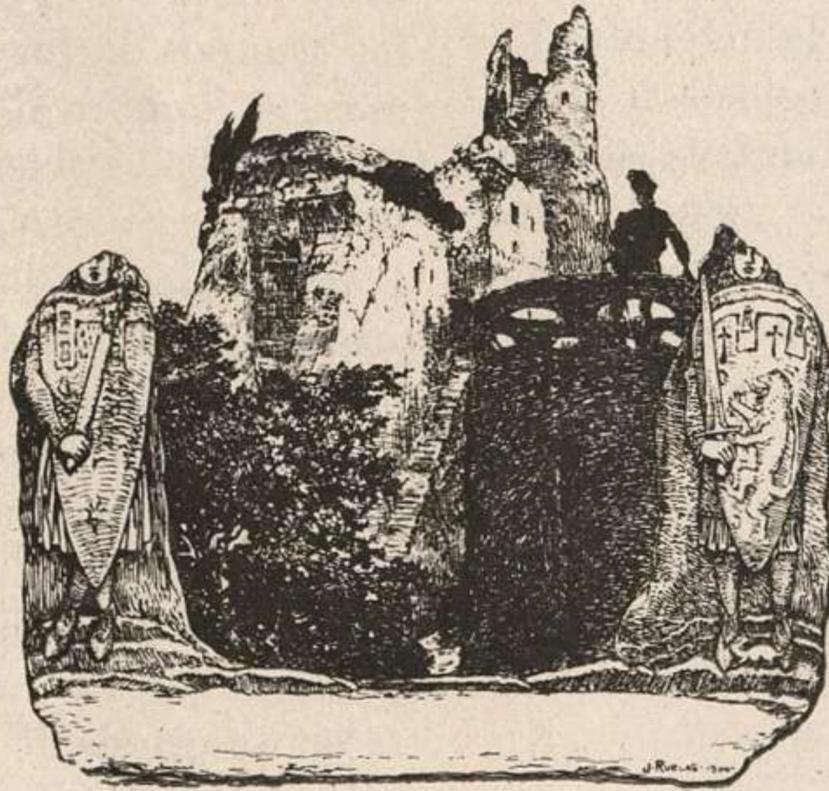
No quiero decir que la poesía sea un arte de lujo, un juego ingenioso ó un talento de sociedad. Los sentimientos grandes, las sacudidas viriles, las heroicas cabalgatas de la imaginación, no encuentran instrumento más vigoroso para clarinear su anhelo. Pero el liviano rumor de alas de los madrigales ó la solemnidad parsimoniosa de las odas sólo pueden seguir de lejos el flujo y reflujo de la vida. Nuestro siglo quiere cosas simultáneas con su pensar y exige que

le coreen las intenciones. Por eso triunfa la prosa. Además, tú bien sabes, Margot, que la mejor poesía no se escribe. ¿Quién rimará la que vivimos juntos? ..

Ahí van, pues, en un ramillete pequeño, algunas de tus margaritas. ¿Te acuerdas de la tarde en que los gorriones pasaban como flechas de amor persiguiéndose en la atmósfera? ¿Te acuerdas de nuestro pleito junto al mar? ... Cuando cortes estas páginas y las vuelvas con tus manecitas de aurora, revivirás aquel idilio que es el primer pétalo de tu historia en flor. Porque tú

eres tierna y recién llegada, imborrable y efímera, ¡Primavera inmortal! Te renuevas, revives, evolucionas, sorprendes, cambias á diario de forma y de esencia; pero en realidad eres la única, la raíz, la inolvidable. Los años pasan sobre tí como velos de diferente color: siempre se ven á través tus ojos raros. Al encarnarte en la niña audaz de cabello suelto, no he hecho quizá más que verte como te ve la juventud.

MANUEL UGARTE.



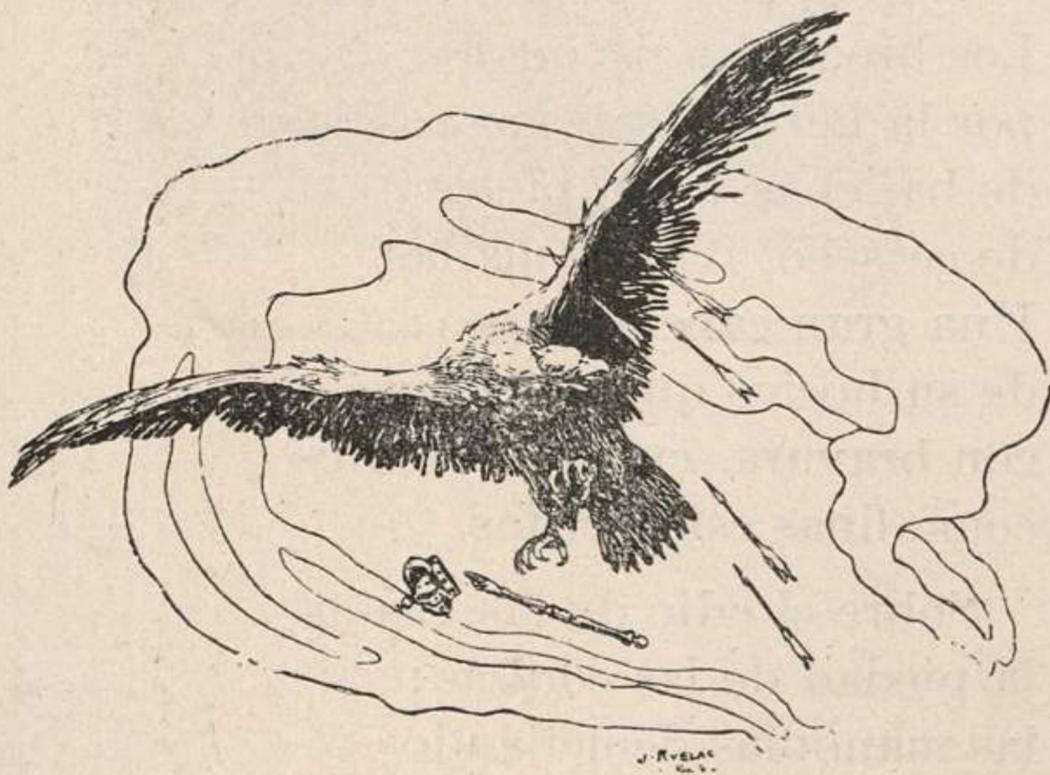


Sobre el muro alicatado
 la panoplia brillos lanza ;
 los estoques puntiagudos
 fingen claros chorros de agua,
 floripondios de oro fino
 las cornetas de la caza,
 y lagartos verdinegros,
 los puñales y las dagas.
 En su funda de vaqueta
 cruda y fuerte y roja y áspera,
 cual pernils de venado
 se columpian espingardas.
 Los broqueles patinados
 por la herrumbre, son agallas
 de ballenas y son pieles
 de cetáceo, ferreas mallas.
 Una gran cabeza de oso :
 de su hocico que amenaza
 con bravura, cuelgan dientes
 como finas estalactitas.

Sobre el odio de las fustas,
 la piedad de las corazas ;
 las manoplas demeñando
 capacetes y celadas,
 y en un yelmo ponderoso
 un condor abierto de alas.

Yo encajé mi cuerpo en hierro
y antaño mi fuerte lanza,
fué á buscar de mi enemigo
con su punta hambrienta el alma ;
y mordiendo el acicate
mis talones siempre estaba,
y á la lid dispuesto siempre
mi corcel con su gualdrapa.
Ventanales de castillos
testigos de mis hazañas,
qué injuria tragué sin darle
pechos por cuaja á mi lanza ?
Hoy que contemplo espaldares
empolvándose en escarpías,
quisiera de punta en blanco
armar por temor mi alma,
ya que el mundo es un asalto
y la vida una emboscada.
Pero á qué si nada teme ?
á qué si orgullosa y alta,
va en un ensueño glorioso
como en lejana nube un águila !. . .

ABEL C. SALAZAR





PROSAS LIRICAS

DON JUAN

POEMA

Á MIGUEL PINO FARRERA.

I.

Ansía recóndita

Don Juan era todavía un niño, apenas asomaba sobre su labio el negro bozo y ya, prelude de tempestades, en sus ojos de brillar de acero los senos mórbidos y las ondulantes curvas femeninas encendían relámpagos que purpuraban de rubor las mejillas de las núbiles doncellas.

No muy lejanos aun los días del retozo alegre y de la candorosa ceguera, hirvió su sangre al calor de lujuriosa fiebre y delirante compró besos y caricias y sació hasta la hartura sus sensuales apetitos.

En pos de meretrices le amparó la no-

che con su sigilo y entre brazos mercenarios la aurora le despertó, cansado sí; más nunca satisfecho, pues en vano aguzando el ingenio agotaba todas las secretas artes del libertinaje para sosegar con la saciedad de los sentidos el ansia recóndita que como indómita fiera en jaula estrecha, se agitaba sin cesar en el fondo de su ser.

II.

Desencanto

Seductora, cada hembra placentera le prometía el ánfora rebosante del filtro del deleite para calmar la sed extraña,

el ansia indefinible que implacable torturaba sus entrañas.

Iluso Don Juan la aceptaba anhelante y después de apurarla hasta las heces, con hondo desencanto sentía acrecentarse la intensidad del fuego interior que en silencio le devoraba. Hastiose al fin del tráfico voluptuoso y á medida que caducaba su esperanza fatigáronse sus ojos, y opaco y lánguido tornóse para ellos el mismo sol.

La noche y la aurora vieron por desiertos lugares al efebo adolescente, solitario y pálido, vagar insomne persiguiendo con las miradas errabundas las aves de sus ensueños que se alejaban y perdían en lo infinito.

Enfermo de secreto mal languidecía con el corazón estéril á nuevas ilusiones y el alma marchita, deseando tan solo no ver, no oír, no sentir.....

Su mente ociosa hilaba ensueños de plácido retiro y grato á sus oídos murmuraba el poeta..... «nella tomba vi é la pace».

III.

Enamoramiento

Una mañana, en la sombría nave de un templo, Don Juan indiferente estaba reclinado á una columna. A semejanza de tranquilo río que caminar no se ve, corría el tiempo sin turbar la calma letal de su espíritu.

Vagorosa, Delia pasó á su lado. El al verla despertó, de súbito, de su marasmo, como á la voz de un conjuro; con los ojos la siguió ávido y quedó extático contemplándola mientras oraba fervorosa.

Delia era una blanca estrella, tan solo por su luz visible; un blanco cisne, ignaro de acechanzas, navegando plácidamente en terso lago. Su faz tenía fragancia de azucena, en su corazón había el candor de la paloma y sus ojos al mirar enjendraban amores, alondras que al cielo subían cantando.

Con su pureza de lirio y su belleza de santa madona, aquella inmaculada criatura despertó los instintos sádicos del perverso doncel, quien con el ansia de poseerla vió despuntar la aurora de una nueva vida.

IV.

Seducción

Perdido el juicio por mal de amores, la tierna Delia se rindió á los melífluos ruegos de Don Juan y en el delirio de su pasión se olvidó de todo y supo no más que le quería.

Osado el galán opacó el fulgor de aquella blanca estrella, tan solo por su luz visible, y manchó el plumón de aquel blanco cisne, que tarde conoció las acechanzas del pecado y que triste y solitario seguía bogando en su enturbiado lago.

Al comprender la tímida gacela la gravedad de su desvío, lloró angustiada, clamó al sordo cielo é imploró á su afortunado seductor; más este se irguió arrogante y fiero y en su regocijo, no encontró palabras de consuelo para aquel desesperado dolor, y placentero contempló la faz llorosa de la virgen mancillada, como pálida flor cuajada de rocío, sintiendo orgulloso que sobre su frente se alzaba, cual penacho, el plumón del blanco cisne.

V.

feliz en su sendero

Perdido navegante que encuentra la ruta salvadora, réprobo que escucha el verbo redentor, Don Juan, después de su triunfo galante sintió que el mundo le envolvía en una caricia deleitosa y dichoso saboreó la gloria de vivir.

Dejó á la enamorada Delia á solas con su dolor y sin freno se lanzó al bosque de la tierra prometida en pos de los opimos frutos del amor pecaminoso.

Atrevido fijó sus miras en Angélica, bella y joven esposa que llena la mente del alegre gorgojo de sus chicuelos, sonreía al mundo exhalando ternura, fresca rosa primaveral, devotamente consagrada al esposo amante y bien amado.

Aquella gentil matrona rechazó airada su osadía; más él no cejó y ante sus desvíos cobró mayor aliento. Espuela y azote á su brioso instinto fueron: súplicas, consejos, amonestaciones y amagos; sin tregua veló su ingenio y su gallardo cuerpo no tuvo cabal reposo hasta que Angélica en fiera lucha con su deber cayó en sus brazos, inmolando en aras de su amor, nombre, hijos y esposo.

VI.

Profanación

Ufano, había deshojado blancos lirios de inocencia; soberbio, había mancillado escudos inmaculados; altivo, había humillado la dignidad de padres, maridos y amantes. Era el Príncipe augusto del amoroso pecar en la excelsitud de su gloria y poder.

Erase una mañana de luminosidad espléndida, el corazón de Don Juan palpitaba con ritmo fuerte y tranquilo, semejando por su potencia el sol de aquella mañana.

Con paso firme y marcial, seguro de sí mismo, el corruptor fué á tributar á su madre el cotidiano saludo. Ella, con los ojos resplandecientes por la pristina luz del amor maternal, ofreció al hijo idolatrado sus labios plegados por una sonrisa de santa abnegación.

Don Juan, al verla sonrió en un transporte de dicha, embriagado por la beldad crepuscular que nimbada de santidad se ofrecía á su satanismo voluptuoso y, sacrílego, la besó con beso de baldón.

La noble señora cubierta de sonrojos lloró la filial profanación, mientras Don Juan saboreaba con embeleso una nueva delicia:

VII.

La Partida

Aun los seis lustros no cumplía aquel donoso Luzbel y ya había recorrido triunfal todo el zodiaco del pecado, cuando le postró en el lecho dolencia mortal.

Intensa fiebre le privó de la razón y desvariando volvió á vivir su pasado de alegres amores y triunfos galantes.

Delia, Angélica, Margarita, todas sus bellas seducidas, en blanca teoría, musicalmente caminando, pasaron ofreciéndole sus bermejas bocas, sueltas las undosas cabelleras, lánguidos los blancos brazos y en amor encendidos los juveniles ojos.

Oyendo una suave melodía, semejante al murmullo del agua, que el amor modulaba en labios virginales y arrullado por rumor de besos y suspiros, sonriendo, Don Juan partió del mundo.

VIII.

Expiación

Al entrar Don Juan al Infierno, las mujeres que á su paso entre las llamas gemían, olvidaban al verle su tormento y haciendo un donaire solicitaban del galán una sonrisa halagadora.

Sus fervientes amadoras, las que por el pecado de haberle querido sufrían en sus carnes delicadas las mordeduras de

las llamas punidoras, al verle, recordando sus besos y caricias, sonrientes le imploraban el amor que las rindiera, ansiando endulzarle su tormento.

El afortunado seductor, frío las desdénaba y ageno á sus cuitas y promesas y á su propio dolor y á su condena ageno, impávido proseguía su camino entre abrojos, ensimismado en sus recuerdos, contento, satisfecho y orgulloso de haber sido en el mundo ¡DON JUAN!

México, Septiembre de 1907.

RUBEN VALENTI.





LAS HIJAS DE SATANAS, por Rombaux.



SAMURAI

A AMADO NERVO.

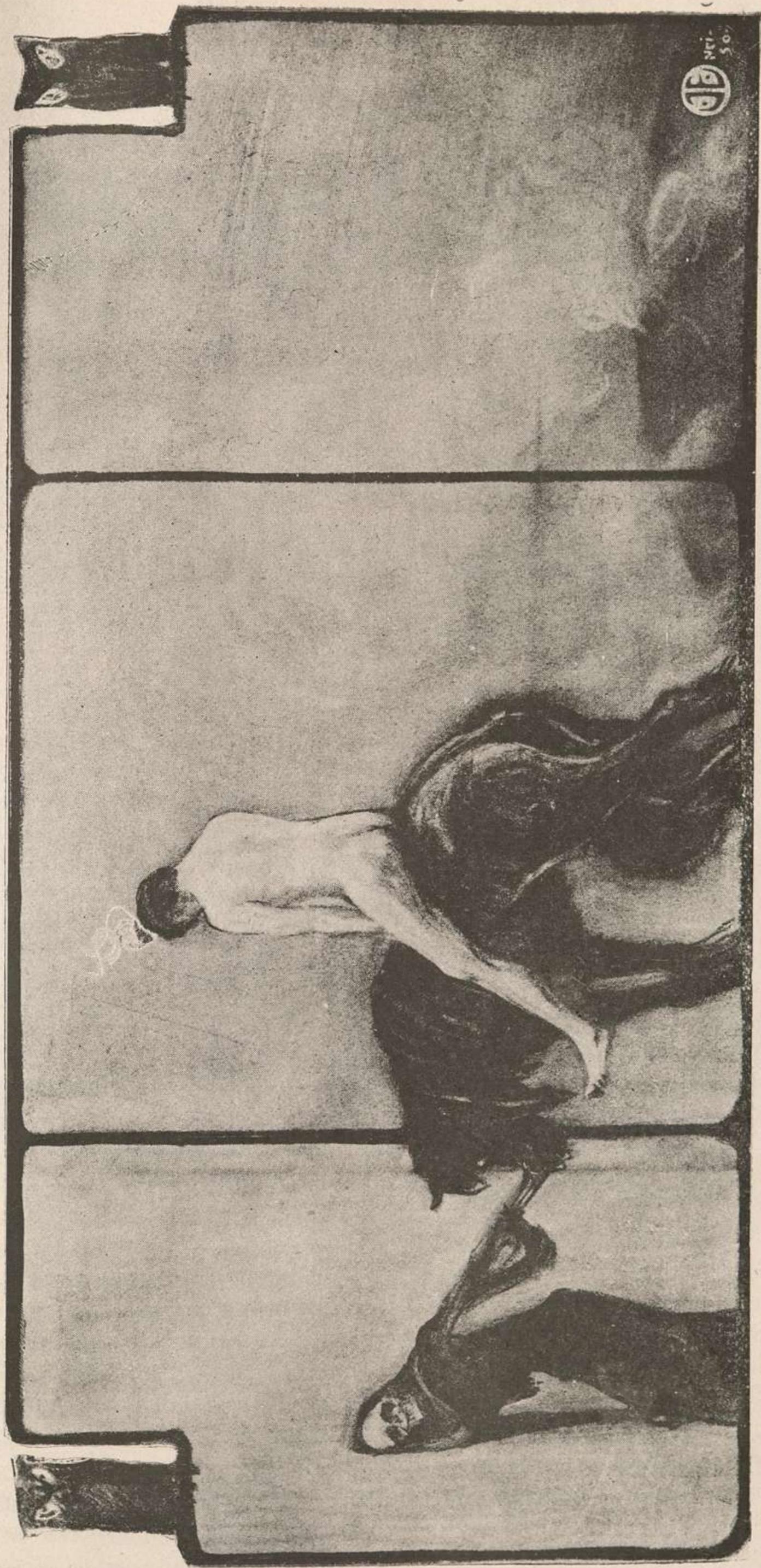
Se ciñe doble sable, y su apostura
 Expresa la arrogancia sin medida
 Del soldado de sangre que su vida
 Consagra á la lealtad y la bravura.

Como el acero es su alma tersa y dura,
 Y antes la arrojará por la ancha herida
 Del harakiri cruel, que dar cabida
 Al dolo, ó deslustrar su estirpe pura.

Fanático observante del Bushido,
 Brilla por cortesano y comedido,
 Pero su sueño familiar y grato

Es ir á los jardines de la guerra,
 Donde al caer enflorará la tierra
 Lo mismo que un cerezo del Yamato.

EFRÉN REBOLLEDO.



Homenaje á Julio Ruelas.—Jorge Enciso.—1907.



EL REGRESO A LA PATRIA

JORGE ENCISO. HOMENAJE Á JULIO RUELAS.

“Cuando el cable, con su laconismo desesperante, trajo la noticia de la muerte de Julio Ruelas, ocurrida en París, la mañana del 16 de Septiembre pasado, toda la prensa de la República, y entre esa prensa está “El Diario Ilustrado,” dedicó páginas enteras en elogio del artista insigne, muerto en plena floración, cuando era, más que una promesa, una gloria para el arte nacional.

Tantos elogios se han hecho de Ruelas, y con tan justo título se ha llorado su muerte, que en esta ocasión nosotros, no encontraríamos un elogio nuevo que hacerle.

Otra idea nos anima al escribir estas líneas, en recuerdo del artista; queremos anecdotizar un poco, permítasenos el término, acerca de su vida. Gustamos los hombres de conocer hasta en sus más pequeños detalles, la vida de aquéllos que por la fuerza de su inteligencia, de su carácter ó de su valor, traspusieron los linderos de las medianías, llamando nuestra atención y haciendo que nos interesásemos por ellos. Porque—y quizá

no sea esto sino un engaño, una preocupación nuestra,—vemos, ó pretendemos ver en cada uno de esos pequeños detalles, un rasgo, una manifestación de la fuerza que lo exaltó hasta la gloria ó una confirmación del modo de ser del hombre admirada.

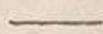
Ya lo hemos dicho: queremos anecdotizar un poco sobre la vida de este artista.

Cuando estaba recién nacida “Revista Moderna de México,” frecuentaban los jóvenes que en ella escribían un Bar de la calle de la Palma todas las tardes. Chucho Valenzuela, ahora enfermo, era el Director de “Revista,”—todavía lo es,—y el capitán de aquella juventud en sus visitas al Bar. Se sentaban todos alrededor de una mesa y charlaban alegremente; haciendo contraste con ellos un hombrecillo sentado en un rincón del salón, frente á su vaso de cerveza, que vaciaba á cada cinco minutos y que el mozo tenía buen cuidado de reponer, permanecía mudo, serio, como una estatua.

Este hombre acabó por despertar la curiosidad de Chucho Valenzuela, y cuando preguntó que quién era, alguien de los del círculo le dijo: Es un pintor, se llama Julio Ruelas. Fueron presentados.

Desde el siguiente día, Ruelas formó alrededor de la mesa alegre; pero él seguía callado: si hablaba muy de tarde en tarde, lo hacía en monosílabos. Su medio de exteriorizarse fué su lápiz; el idioma lo tomó como un medio secundario para su indispensable trato diario con los hombres.

Entonces fué cuando se dió á conocer al mundo entero con sus dibujos para la "Revista Moderna," á que llegó á imprimirle su sello personal. La "Revista Moderna," es Julio Ruelas.



Ruelas tuvo una amiga familiar: la muerte, con la cual vivió siempre en comunión. Todó su arte se extiende entre la muerte y el dolor, y en sus admirables dibujos y aguas fuertes hizo el mejor poema gráfico que de la muerte se haya hecho. Todo parecía indicar que el artista estuviera familiarizado ya con la idea de la muerte, pero nada más erróneo.

Dos ideas lo preocupaban en sus últimos días de vida en París: tenía miedo de morirse y tenía miedo de volver á México, porque creía que su venida á México sería su muerte.

El catorce de Septiembre en la tarde, antevíspera del día fatal, y ya muy delicado de salud, le hacía este encargo á un amigo que arreglaba sus maletas de viaje para México:

Salúdeme usted á Don Justo Sierra, y dígame que no me vaya á quitar la pensión, que yo trabajaré mucho para que no me la quite. Y agregaba ya un poco consolado: Yo no podría vivir en México, quiero morirme en París.

Sus deseos se cumplieron.

Ruelas fué el único que supo que su fin estaba próximo. El fué el único que vió llegar á la muerte. *Los amigos que lo rodeaban no lo querían creer, no lo creyeron sino hasta que vieron cómo quedaba inmóvil en su cama después de un desesperado ataque de asfixia. Los médicos que lo atendían no supieron tampoco que su gravedad fuera tal, y mientras la asfixia lo mataba, los señores sabios le oían el corazón, los pulmones, le tomaban el pulso.... ¡oh! era la reproducción exacta, fiel, del asunto en que se inspirara para dibujar su inimitable agua fuerte "La Esfinge"!

Minutos antes de morir, él se lamentaba de esto. Con la mano convulsa se cogía la garganta y exclamaba de esta manera:

—Pero qué será posible que me vaya á morir porque no haya un médico que sepa lo que tengo aquí?—y se estrujaba la tráquea.

Esas fueron sus últimas palabras.

Antes había pronunciado dos nombres sagrados. Al reponerse de uno de los últimos ataques de asfixia, abrió los ojos, y paseándolos por la desolación del cuarto de su hotel, dijo con la voz de un niño: ¡Mamá! ¡mamá! y luego, convencido de que nadie acudía á su llamado, dijo estas palabras, impregnadas de una profunda desesperación:

—¡Dios mío!

Y cayó en el último ataque de asfixia, que había de terminar con su vida."

X. X.

(Del "Diario Ilustrado.")

(*) En carta dirigida últimamente á nuestro Director, dice Amado Nervo: "He experimentado un gran desconsuelo, sobre todo ante la idea de lo absolutamente insustituible de esa mano genial, que se desvanece en la sombra. Rubén Darío me decía:" "La muerte de Ruelas ha sido como un dibujo de Ruelas."—R. M.



INSOMNIO

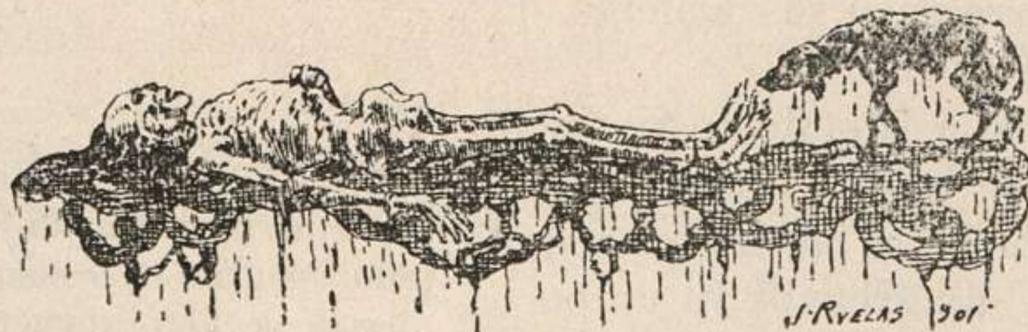
En mi cerebro que enfiembra el desvelo,
 mis pensamientos entonan su canto :
 ritmos muy tristes en gamas de llanto,
 versos vestidos con vestes de duelo.

Tras un nostálgico, místico velo,
 muestra el recuerdo su faz de quebranto,
 y los dolores despliegan su manto,
 hecho con nubes de un lánguido cielo.

Mientras silente la noche transcurre,
 por lejanías la mente discurre,
 donde vertieron los sueños sus flores.

Y cuando inicia sus fiestas la aurora,
 ante el altar de mi espíritu ora,
 ora mi musa, ya viuda de amores ! . . .

DARÍO HERRERA.



DAMAS DISTINGUIDAS



Estudio de Retratos
MEXICO.



Srita. Sara García Romero,



“VENDIMIAS JUVENILES”

Sobre el último libro de Manuel Ugarte.

(NOTA BIBLIOGRAFICA)

Presintiendo la noche—munífica Reina de Saba que por la gloria azul de los espacios va como desgranando una ajorca de lágrimas de luz—, presintiendo la Noche, cuando apenas el blondo amanecer se extenúa en el orto fastuoso en una orgiástica eclosión policroma, el bardo, con una patriarcal unción bíblica, toma el camino que ondula como una serpiente blanca y que lleva a la era, á la *urbe* exúbera, ahogada en la lejanía en una suave palpitación de ocre pálido.

A la vera de la senda, voces misteriosas con dejos enlagrimados salmodian vagas canciones de recuerdo; las brisas aromatizadas con bucólicos perfumes de añoranzas, mueven con mimosidades femeninas los deshilados frondajes de los árboles llorosos.... Bajo el triunfo del sol, el alma del campo llena el espíritu con una sed de infinito.... El bardo

sonríe y prosigue siempre viendo á lo lejos, como un mar de gualda luminosa, el reguero de cepas, donde las cigarras de élitros diáfanos cantan al sol la eglógica estrofa de la exuberancia campes tre....

Y cuando, después de la vendimia, el áureo mosto tiembla con un temblor de ámbar en las cráteras historiadas, cuando «la sangre de los campos» finje en la fragilidad de las ánforas eurítmicas, una encendida linfa de granates, el bardo, sin egoísmos, ofrece en suprema oblación al mundo, como el blondo de Nazareth, el rojo jugo de sus pámpanos ubérrimos, exclamando: «esta es la sangre de mi corazón, tomadla!»

Tal ha hecho Manuel Ugarte, el delicioso prosista argentino, el de los galantes y finos cuentos á Manón, el que, disfrazado de ingenuo pintor, ve perderse

en un doliente crepúsculo parigino los ojos enigmáticamente azules de una soñadora del país de Chopín.

Y ha hecho bien al vendimiar, porque nos ha sido dable sentir la embriaguez lírica del fruto de sus viñas. Se podría exclamar, imitando al divino Berceo: «este es un vaso de *bon vino*.»

Ugarte ha impreso un sello personalísimo á su obra, espiritualmente dedicada á la Primavera; no es de los complicados lapidarios, de los que con paciencia de monjes calígrafos, cansan toda una juventud sobre las rimas, ni mucho menos de aquellos que, pedantescamente, por hacer gala de un vocabulario *gongorista*, van engarzando en cada verso rumbosos epítetos, que, en conjunto, hacen el mal efecto de esas damas que llevan en su tocado toda una joyería.

Ugarte no es de esos, aunque no deja de tener rasgos de orfebre, como en su bellissimo soneto «El Taller,» que ya han paladeado los lectores de este *magazine*. El procura hablar sencillamente, sin sutilezas, aunque con un encantador lenguaje poético; á instantes, su manera de versificar es dura é insonora, mas casi siempre impregnada de sentimiento.

Su lirismo, como dice la culta revista panameña *Nuevos Ritos* «no es aquel melancólico de Diego Uribe que hace llorar, ni el mendicante de Peza que va poniendo de manifiesto todas sus miserias para merecer la compasión de las turbas inicuas, ni menos el fingido de Julio Flores, que canta con un tono que muchos han creído sincero y producto de hondas desventuras, desventuras imaginarias. No; Ugarte es real hasta donde puede serlo un poeta que canta el amor, ó mejor dicho, los amores; en sus versos está siempre, presente ú oculto, el eterno motivo femenino, y nos habla de besos y de lágrimas, de citas lejanas y de novias muertas, con el mismo tono ligero en apariencia, pero salpicado de tristeza en el fondo, con que un hombre

mundano hace memoria de sus pasados tiempos de placer, refiriendo sus aventuras á gentes alegres de quienes no espera nada y á quienes con todo, cautiva y embelesa.»

Y esa concisa manera de decir, donde flota como una fragancia de alcoba lila, caracteriza la poesía de Ugarte. Famosa en toda América, por lo subjetiva y evocadora, es la delicada composición intitulada «De sobremesa.» Los señores aristarcos no podrán negar sentimiento, armonía, belleza, en una palabra, á este dístico, exquisito de factura y raro de emotividad:

“Y cruzará un recuerdo sobre nuestra ventura,
como una barca obscura sobre una mar azul!”

El libro, el hermoso libro del autor de «Paisajes parisienses,» excepto la parte llamada «Fuerzas futuras,» en que un resplandor de hoguera hace presentir la suprema eclosión de las energías que palpitan bajo los harapos y salen por las enhiestas chimeneas de las fábricas tornada en fúnebres vahos de odio,—es todo un madrigal, hasta cuando, camino del «Moulin Rouge,» la griseta sentimental de «corazón de libélula» llena de caritativo histerismo deja caer en la mano suplicante de un niño mendigo, el adamantino florón que lloraba luz en las «malinas» de su corpiño.

El «Recuerdo del Carnaval» está empapado *en esencia de París*; es una joyante serpentina arrojada sobre una adorable cabeza loca por la mano de un enharinado Pierrot; «Manon,» galantemente espolvoreada de fino «*sprit*;» el «Adiós á Manon,» revela en sus metáforas de deliciosa novedad una mundana melancolía, de esa mansa melancolía que experimentamos cuando vemos desaparecer la silueta de alguna amada fugitiva que abrió en nuestro corazón una dolorosa flor de piedad, é hizo caer en nuestro acerbo elíxir la gota de miel de una esperanza.

«Lo que dice el piano...», que, á nuestro entender, es la poesía más popular de Ugarte, pues no hay boca femenina que no haya dulcificado sus musicales rimas, destácase en «Vendimias» regando su tristeza, la tristeza de un anhelo humanamente expresado por el lloro de la romanza, que languidece en la nocturnal mansedumbre. Después «Los Obreros,» *las fuerzas futuras*, las imprecaciones á los próceres, el rebelde grito de las miserias,—mujeres que necesitan picas en las manos amenazantes y proféticas, según una vieja frase de Ugarte,—el epinicio de los párias, que va como un relámpago de fuego á azotar con sus yambas furentes la diadema vacilante del lívido Zar.

Y aunque la poesía socialista no es la que Ugarte maneja con más destreza, sus exaltados cantos rojos son dignos de ser gritados en «La Casa del Pueblo,» el augusto templo de la democracia.

Todo es hermoso, porque es la obra de un verdadero poeta. Los defectos pasan arrastrados por un formidable alud de

belleza é inspiración y se ahogan y se pierden.

Y aunque consideramos á este liróforo del Plata, superior como prosista que como poeta,—que sí lo es sobre las críticas de los que quieren verlo todo emulado del inmenso Díaz Mirón y de Darío el grande,—no le escatimamos nuestros aplausos. Cuando la jauría muestra la amenaza de los dientes, hay que desplegar «la bandera triunfal de la sonrisa!»

Por tanto, el joven vendimiador puede cantar triunfalmente la gloria de sus viñas proficuas; nosotros lo acompañamos en su júbilo, glosando su ensueño, asistiendo al desfile mágico de sus quimeras, degranando sus gentiles madrigales sobre el satín de las faldas ducales, susurrándolos al oído de bellas mujeres cuyo recuerdo, vago pero hondo, cruzará después sobre nuestra ventura

“como una barca oscura sobre la mar azul!”

Bravo, poeta!

J. J. N. y D.





LAS ELEGIAS DEL LABRADOR

ELEGIA SEXTA

(Solo, sin esperanzas, se lamenta en el bosque...)

Río que pasas llorando,
 río del acento blando,
 si ella no se mira en tí,
 ¿para qué te quiero, dí,
 río que pasas llorando?.....

Flor azul de la ribera,
 si yo ansiaba que algún día
 en su corpiño te viera,
 ¿de qué sirves, hechicera,
 si para *ella* te quería,.....
 flor azul de la ribera?

Paloma de pardas alas,
 que entre las plumas del nido
 tus quejas de amor exhalas,
 echa tu canto al olvido...
 ¡Que ya no escucha su oído,
 paloma de pardas alas!...

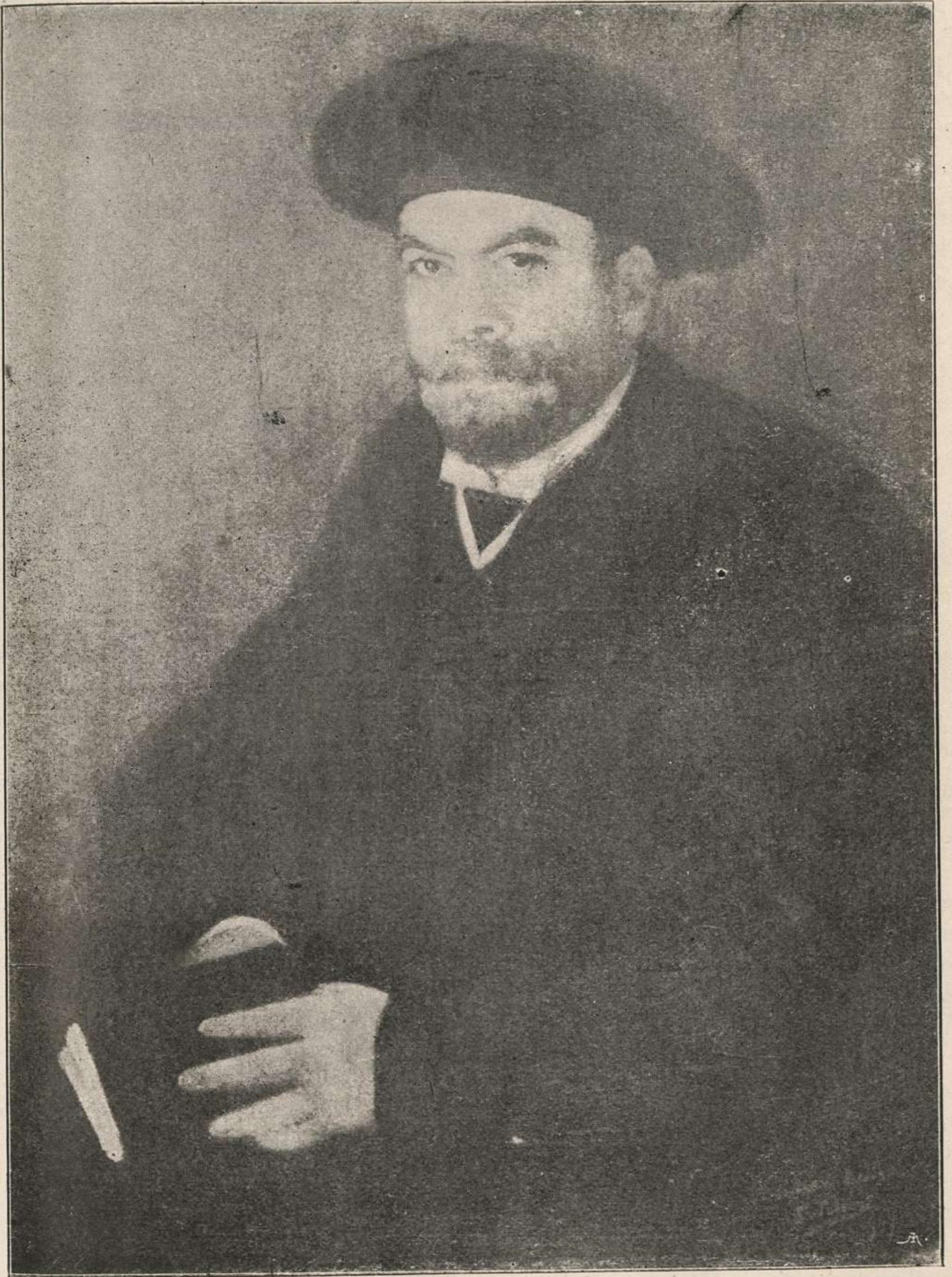
¿ Para qué alumbras el monte,
luz que en el éter destellas,
si solo está el horizonte?...
Si no he de buscar sus huellas,
¿ para qué alumbras el monte?...

Como rezando por mí,
en las montañas desiertas,
volar los vientos oí ;
y un susurro de hojas muertas,
como rezando por mí !...

SANTIAGO ARGÜELLO.

(León, Nic. — 1907.)





Rubén Darío.—Juan Téllez.



FILOSOFICULA

LA ROSA Y LA ESPINA

Esta es la novedad: la rosa quería convertirse en espina.

Allá en los tiempos de la prebotánica, el rosal, árbol corpulento, era preferido por los marsupiales acróbatas que anticipaban el futuro mono. Esto no resultaba agradable para el rosal, individuo de genio vivo á juzgar por sus flores rojas, de ardiente almizcle. Pero en las plantas, las ideas—tienen ideas muy simples, que alcanzan hasta el silogismo, según lo demuestran las enredaderas de Bernardín de Saint-Pierre (*¿quién lee hoy Les Études de la Nature...*)—las ideas y los sentimientos—ahí está el «pudor» de la sensitiva—no alcanzan la instantaneidad que en nuestro complejo organismo. Entre la idea y la acción, media un período apreciable de tiempo, lo propio que entre la sensación y la conciencia. En cambio el vegetal trasmite por su semilla, á la planta venidera, la idea que no alcanzó á entender durante su vida, así como la sensación que no llegó á apreciar; constituyendo este fenómeno, para las plantas, lo que la inmortalidad del alma

para nosotros. Y como nosotros á la inmortalidad del alma, á esto deben las plantas la conservación de su tipo fundamental en la eterna variabilidad. Así, en la elaboración de una idea vegetal, pueden intervenir varias generaciones de plantas: desde aquella en que la vida empezó (subrayo, porque esto de dar extensión temporal á una raza, es casi incomprendible para la mente humana) hasta la que llega á entender por completo. Usted va á fastidiarse, Marilia, con tanta sutilidad.

—No lo crea; aunque mi condición «inferior» (*aquí un pequeño mohín de ironía libertaria*) mi condición «inferior» de mujer, debería de hacérmela inaccesible. Pero *¿cómo* sabe usted todo eso?

—No lo sé de ningún modo, y hasta es probable que sea un absurdo; pero moriré de aburrido esperando á que conformes con el método científico, las plantas se lo demuestren con hechos á algún sabio. Mientras la ciencia elabora en lo infinito su pequeña suma de nociones concretas, como teje una araña en el rin-

cón de una sala, el casi—Todo restante, quiero decir la inmensidad; pertenece á la fantasía. Sin la cual, tampoco habría infinito. Pero volvamos á nuestra narración.

El rosal se incomodaba con los animales que por él subían. Y pensó en evitarlos. Edades pasaron, desde que la molestia sugirió la idea de bienestar; luego la comparación entre las dos; luego la noción de preferir una: la de evitar la otra; la de concretarla al escalamiento de los seres trepadores. Hubo un abismo de años, desde este punto, hasta la idea de oposición. Costó mucho la de defensa. La uña del trepador que lastimaba al subir, sugirió la espina. Primero blanduzca, inservible; una simple hoja acartuchada. Durante siglos, limitóse á esto la defensa; hasta que por último, el principio de constancia transmitiendo la idea en evolución de planta en planta, llegó al aguijón realmente defensivo. Y no hubo, desde entonces, «rosa sin espinas.»

La espina había nacido para defender á la rosa. Tenía á su cargo cuanto era rudo en la tarea vital. Estaba contenta de su misión, como todo lo que es simplemente fuerte.

Así trascurrieron siglos de paz, en armonioso equilibrio la fortaleza y la hermosura. Pero la rosa, entretanto, habíase embriagado con un sueño de perfume, de luz y de rocío. Estaba descontenta de su situación, como todo lo que es puramente bello.

Su vago y secular ensueño, pasaba de la fecundidad á la absorción. Sólo con dejarse amar, había adquirido la belleza y el dominio que es su más íntimo atributo. Fué su destino realizar la belleza; el más alto sobre la tierra. El que consagra la superioridad de los mejores con una sola obra de arte cuando llegan á ejecutarla. Ella, en cambio, la reproducía diariamente, sin otro esfuerzo que

prenderse una gota de rocío con un rayo de sol. En vez del dolor que acompaña inevitablemente la acción de amar; bastábale la plenitud que comporta el estado de ser amada. Su embriaguez de rocío, de perfume y de luz, era una tentación de orgullo.

Y durante mil años, pensó la rosa:

«La espina es fuerte. De ella depende mi seguridad. Es mi amo. Yo quisiera convertirme en espina. Yo soy inferior á la espina. La espina me tiene esclavizada. Libre yo, sería como la espina.»

Al cabo de otros mil años, la rosa, á decir verdad, iba decayendo mucho, pensaba ya en esta forma:

«Yo soy, con toda evidencia, superior á la espina. Más artista, más sensitiva, más bella. Quiero igualarme á la espina. Después seré superior. La tiranía de la espina me ultraja. Yo quiero ser como la espina.»

La espina oponía sus razones. Demostraba á la rosa su superioridad de flor. Exponía los trabajos, la fealdad inherentes al oficio de aguijón. Imploraba por la belleza del rosal que desaparecía al extinguirse sus flores. ¡La belleza del rosal! La rosa era egoísta como todo lo que es puramente bello.

Y un día, por último, se convirtió en espina. El hermoso árbol volvióse un matorral hirsuto, entecado por las más bajas pasiones. Un manojo de espinas cuyo único goce era causar daño. Ya no había en él sino espinas iguales.

Tan horrible situación duró edades. La familia rosácea estaba perdida, á no ser por una eglantina silvestre que conservaba la antigua armonía. Era una modestísima corola, pero asimismo infinitamente más bella que una espina.

Ella fantaseó el ensueño reascendente de la pasada belleza, en instintiva embriaguez de perfume, de luz y de rocío. Cien años... mil años... Hasta que en una de las espinas, la más fiera, la más

aguda, brotó como un beso corporificado el nuevo pimpollo. Pues durante el mismo espacio de tiempo, la espina había transformado en prototipo amoroso, la melancolía de su soledad.

—Y las espinas—dijo picarescamente Marilia—nunca han querido transformarse en rosas?

—No lo creo. A pesar de su ruda exis-

tencia, la espina está satisfecha de su misión como todo lo que es fuerte.

—Pero yo—qué quiere—preferiría ser rosa—rió locamente Marilia.

Marilia, que con su linda boca y un moñito negro en la cabeza, conquistaría imperios como rinde corazones.

¡Ah, Marilia! ¿Cómo podría ser usted igual, siendo tan hermosa?...

LEPOLDO LUGONES.





PLENILUNIO

Para la "Revista Moderna."

En la noche—la tristura tenebrosa de los cielos—
surge en triunfo una esperanza: sobre un cúlmen, luna llena
con un nimbo blanco, avanza destacando su serena
majestad brillante y pura, de neblina en leves velos.

Empolvando en ténue albura del negror los terciopelos,
niela y bruñe en lontananza, de los montes la cadena,
y á rasgar por medio alcanza, con destellos una pena
de unas nubes que en la obscura vaguedad imitan vuelos.

Con su pompa y con su gloria, la extensión excelsa y bruna
vela en paz limínea y fría. Por el Sur dice un derroche
de luceros una historia que al misterio encanto aduna.

Ciñe Orión su pedrería. Vésper abre su ígneo broche.
Y adelanta su victoria la esperanza de la luna
trocando en melancolía la tristeza de la noche.

ROBERTO ARGUELLES BRINGAS.





JUAN TELLEZ

Un sutil conocedor de mezquindades humanas y de medios artísticos, daba como maravillosa receta para llegar fácilmente á la consagración y á la celebridad: hablar mal de todo mundo y predicar, agigantándolo, el propio valimiento. El sapo inflado siempre abulta, y la rana que se desgañita no deja de atraer curiosos. Desjarretar á los demás presupone carácter y superioridad ¡oh vulgo! y el autoelogio puede tomarse como desbordamiento de fe y de convicción ¡oh criterio! Los fuertes desprecian y callan.

Los tímidos se sugestionan y panurguizan. En cuanto á los maestros, sin más preocupaciones que su gloria, acaban fatalmente por admitir á aquel cuya mediocridad no les estorba. Y cádate que el artilugio es de eficacias estupendas. ¿Comprenderéis ya por qué la pedantería substituye en nuestros tiempos á las melenas románticas, á las beaterías decadentes, á las extravagancias estetas y á las leyendas de morfina y satanismo? El *Homero* y *Yo*, de Jesús Moreas, ha hecho legión y estragos.

Juan Téllez, no es, por fortuna, gustador de triquiñuelas odiosas, ni de añagazas execrables. Sincero y fuerte, joven y activo, no busca atrapar renombre con señuelos, ni quiere entrar al Olimpo con ganzúas. Va realizando, modestamente, obra que puede enorgullecer á cualquiera. Los Salones de los Campos-Elíseos han sabido de sus triunfos; y los consagrantes y esquivos periódicos de Lutecia han clarineado su nombre á los cuatro rumbos. Entre muchos, en el *Mercur de France*, Charles Morice le consagró unos renglones, y *Le Figaro*, con la firma de Arsène Alexandre, le dedicó cuatro líneas, ¡cuatro líneas! Decid, vosotros, que conocéis aquellas latitudes, no es esto casi definitivo para un joven extranjero que se presenta por vez primera, que no es compadre de Fallières, ni millonario pocopolitano, ni amante de bailarina celebrada, ó siquiera marido de duquesa fácil? Y conste que, por cosas harto sabidas, no mencionamos una medalla de España, opiniones de maestros campanudos y el éxito reciente en la exposición de latino-americanos hecha en París.

Juan Téllez vuelve á nosotros, consciente por completo, dueño de sí y de su pincel, ya sin influencias extrañas pronunciadas, todo sinceridad y todo entusiasmo, dispuesto á realizar obras de am-

biente y tipos mexicanos; y á contribuir, como es de esperarse, á la decoración de nuestro Teatro Nacional, ¿verdad, querido maestro Sierra?

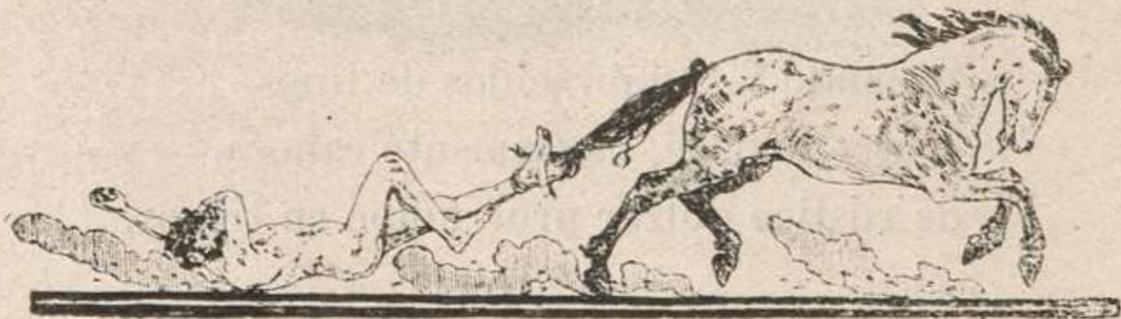
De los cuadros de Téllez, que podrán juzgarse en próxima exhibición, reproducimos un bello retrato de mujer francesa, elegante y nervioso, que junta hábilmente el *chic* bulevardero con cierto sabor goyesco; y la transcripción magistral que ha hecho del Rubén Darío íntimo, tal como lo ven sus amigos, afable y bueno, desbordándosele el alma de seda y de rosas por las pupilas verlainianas, en la plenitud de la cabeza dominante y conquistadora. Creemos que por hoy es *único*, tan espléndido retrato, en la iconografía del gran poeta.

Téllez aporta, como nuevo matíz, una colección de aguas fuertes (fruto de pintor que graba) sólidas, amplias y armoniosas en el misterio de sus aguas tintas. De ellas nos ocuparemos al estudiar la personalidad del pintor hermano, cuando su exposición llegue.

Un triste acontecimiento cierra este saludo: la respetable Sra. D^a Celedonia Bellín de Téllez Toledo ha muerto.

Con nuestra bienvenida para el artista, va nuestra condolencia para el hijo.

A. C.





CREPUSGULARES

[Para Enrique R. Escobar.]

I

Helios surge en cuádriga soberana
triunfando al sueño del olvido apenas,
y arde un relieve de la edad de Atenas
en la flora de luz de la mañana.

A la fecunda evocación pagana
truécase en arte el amargor de penas,
y arde un relieve de la edad de Atenas
en la flora de luz de la mañana.

Favonio arrulla con pasión cantora
los frondajes enhiestos y cetrinos,
la fuente al borbotar un lirio enflora
bañando los umbráculos de linos,
y una alondra, fugazmente canora,
de rústico dulzor prorrumpe en trinos.

XIV

El misterio que exhala el parque antiguo
solemne luz de tardecer envuelve,
y en polícromos lampos se resuelve
del crepúsculo audaz el cobre ambiguo.

Fragua la sombra su pavor exiguo
que en el desvío vespéral disuelve,
y en noctámbulas tintas se resuelve
del crepúsculo audaz el cobre ambiguo.

La fuente un lirio en el tazón desflora
con minosos desmayos femeninos;
musicando el silencio de la hora,

liróforo dormido entre los pinos,
turba alada, fugazmente canora,
de rústico dulzor prorrumpe en trinos.

EMILIO VALENZUELA.





MUERTE DE UN POETA

EMILIO FERRARI

Ha muerto en Madrid, á los cincuenta y cuatro años de edad, el poeta Emilio Ferrari. Vivía desde hace algún tiempo, en voluntario retiro, la vida de los afectos familiares y de la intimidad. Era un hombre caballeroso, de noble trato, de palabra afable.

Ferrari conquistó rápidamente la fama. Había nacido en Valladolid, y vino á la corte tras las gloriosas huellas de Zorrilla y de D. Gaspar Núñez de Arce. Cuando Ferrari comenzó sus primeras leyendas en quintillas y romances, sus primeras trovas de amor á las muchachas vallisoletanas, perdido en aventuras á la luz de la luna, lleno de vaguedad sentimental y de fantasía, Zorrilla, el único, estaba corriendo tierras y paseando sus laureles por las nubes y por los charcos. Era un vate sin gran aparato, con quien se habían familiarizado ya los estudiantes para adorarle, los acredores para perseguirle y los críticos para ponerle á un lado con esa fórmula de la admiración descontada que tanto se parece al olvido.

Entre Zorrilla, que hablaba un claro lenguaje á su corazón castellano, Campoamor, que le desconcertaba con el vuelo desigual de su genio, Ferrari encontró sin salir de los muros de la ciudad un espíritu fraterno, y ese espíritu fué el de Núñez de Arce. Tenía Núñez de Arce arranque, pompa, severidad. Era grato á su alma de la tierra llana, de líneas claras, precisas, de color sombrío y de vientos fríos y secos. Un verso de Núñez de Arce suena todavía. Sonaba entonces mucho más, con mayor arrogancia y mayor bravura. Ferrari se dejó llevar y no quiso buscar otra musa que esa musa severa, de ferreruelo pardo, que entra en la vida moderna hablando recio y sin querer saber de otra cosa que de su dignidad. En las calles y en las aulas vallisoletanas la había cultivado con todo el ardor de un principiante. Al llegar á Madrid esa musa le dió un triunfo rápido y ruidoso,

Estrenó Ferrari *La justicia del acaso*, publicó su poemita *Un día glorioso*, le-

yó en el Ateneo su cuadro histórico *Dos cetros y dos almas* y luego el poema de *Pedro Abelardo*; Castelar, lleno de bondades, como señor magnánimo, cogió un día aquella pluma y aquellas cuartillas que magnificaron tantas cosas minúsculas y escribió para *La Ilustración* un artículo soberbio, que era la glorificación del espíritu de Castilla y la consagración de Ferrari como gran poeta. Por último, fué discutido y entró en la Academia.

Y cuando pudo gozar de esta victoria, ganada con tan arrogante ánimo, Ferrari se retrajo. Apenas publicó versos después de *La muerte de Hipatia* y de algunas composiciones desgranadas que no quiso reunir en un volumen. ¿Puede transformar por completo el concepto que de sí mismo y de su arte tenga un escritor la benevolencia ó la saña de crítica? ¿Despertaría en Ferreríasqueamiento, deseo de alejarse, de renunciar el ataque de una censura?

La extrema susceptibilidad hace que ningún obstáculo puesto por los demás en nuestro camino sea tan insuperable como el que nos ponemos nosotros mismos. Otros nos infieren la herida; nosotros la aumentamos y la agravamos, pa-

sando el dedo por los bordes y sacándola al sol. Y estas heridas del amor propio literario son tan incurables—¡y tan incomprensibles!,—que nunca duelen tanto como cuando sangran para adentro.

Sobre sus versos de su *Pedro Abelardo* han caído las hojas de unos cuantos otoños y ha florecido más de una nueva primavera lírica. Ferrari la ha visto surgir, esta fragante y olorosa primavera; pero no basta ver como nacen los brotes nuevos, cómo se cubre el bosque de gratas sombras y se puebla de cánticos. Hace falta la juventud.—No obstante, la juventud puede hoy volver los ojos á ese poeta que acaba de morir, que un día fué también joven y sintió desbordarse del corazón la alegría de un verso que sonaba bien. Yo la invito á leer una página de los poemas olvidados, con el tono y la pompa con que en otro tiempo las declamó la voz trémula y entusiasta del autor, maestro de su arte.

¡Oh viejos Alpes, solitarias cumbres, testigos de la infancia de la tierra!

Y la invitó á rendir ese homenaje á la memoria del poeta Ferrari.

LUIS BELLO.





OJOS VERDES Y TRENZAS RUBIAS

PARA LA SRITA. SARA GARCÍA ROMERO. (*)
[Turrís eburnea].

En las selvas de Ovidio, las hamadriadas,
en la corteza arbórea como diluidas,
ascienden por los troncos y en las floridas
frondas, la luz esparcen de sus miradas.

Y en fabulosos mares pasan ceñidas
por tritones de barbas caracoleadas,
las sirenas azules de oro caudadas,
y de ojos verdes, como las Oceanidas.

Al mirar los sinoples que en los sulfatos
de sus ojos de esfinge quemán los gatos,
en un sueño de ajeno, los luminares

Añoro en las superbas cabezas blondas
Y en delfín me convierto para esos mares,
Y en un alado trino para esas frondas.

RAFAEL LÓPEZ.

(*) Véase la página 171.





a mi querido amigo
Gravado por J. Téllez
1707

Retrato por Juan Téllez.



EL TEATRO EN PARIS

El Problema Religioso en la Escena

Así como Stendhal pensaba en componer una «Historia de la Energía», yo sueño á veces en escribir una «Historia de la Tentación Escénica». Todos ó casi todos los grandes hombres del mundo, en efecto, aun los que más alejados parecen de las letras, aun los que no han vivido sino en la acción, tendrían en mi obra un capítulo. Porque el teatro, desde los tiempos legendarios de Esquilo hasta los nuestros tan grises, ha sido para los cerebros fuertes y para las fuertes almas un filtro peligroso. Hoy, por ejemplo, podría agregar á mi obra una página significativa. Dos hombres que habían vivido como apóstoles, acaban de cambiar de oficio y se han consagrado á escribir comedias. Pero ¡qué digo! En realidad lo que han hecho no es cambiar de oficio, sino lle-

var su apostolado á un campo menos árido que el sermón y la conferencia. A su modo, cada uno de ellos renueva los autos sacramentales, poniendo en lugar del fuego del infierno, las llamas de la pasión, y en vez del diablo á un hereje de levita. La lucha es la misma eternamente, cuando se trata de problemas religiosos. De un lado—del lado del oriente luminoso—está la Fe con su aureola de astros. Del otro lado está la Duda, la negra Duda, madre de la Negación, madre de la Blasfemia, madre del Pecado. Y esta lucha, que tiene su más sencilla y tal vez su más sublime imagen en los diálogos de la Edad Media, y que se utiliza con la retórica del renacimiento, y que se hace pomposa con las grandes maneras literarias del siglo XVII, y que sonrío en tiem-

po de Voltaire; esta lucha que cambia de aspecto, que cambia de arena, que cambia de intensidad; esta lucha que á veces es tragedia grave y á veces un grotesco pugilato, llega hasta nosotros sin perder un átomo de su interés. «L'Otage,» de Gabriel Trarieux, es esa lucha. Los «Ames Ennemies», del padre Jacinto, también lo son.

*
* *

¡El padre Jacinto! Yo lo llamo así, porque soy aficionado á conservar á los seres y á las cosas su aspecto más simpático. Lo llamo como lo llamaban las buenas señoras que, que hace veinte años, iban á oír sus sermones bajo las austeras reliquias de Nuestra Señora. ¡El padre Jacinto! Es casi un aparecido. Vagamente todos sabíamos que, después de separarse de la Iglesia romana, había querido, con su gran corazón quimérico, restaurar el culto sencillo y puro de la cristiandad. Luego no supimos nada. Su silueta fué esfumándose poco á poco, y París, que sabe olvidar con tanta facilidad como sabe admirar, borró el nombre ilustre de sus listas faustas. Así, al aparecer de nuevo hoy, ya no vestido de fraile, sino con el profano traje del autor dramático, se nos antoja un «revenant.»

Gabriel Trarieux es uno de los espíritus más austeros de nuestra época. Su palabra generosa vibra cada vez que se trata de pedir un poco de bondad y de justicia. Su conciencia es una de las que sirven de pauta á la gran conciencia nacional de Francia.

*
* *

Ahora bien; figuraos lo que esos dos hombres deben dar al teatro. Las teorías en ambos pueden ser diferentes; pero el tono, la voz, el gesto, son iguales. Los apóstoles se parecen siempre. Los últimos repiten las palabras de los primeros, no porque las copien, sino porque el

apostolado impone á través de las edades la misma antífona. Y en este punto la experiencia actual es curiosísima. Estrenadas la misma noche en dos teatros rivales, las comedias de Trarieux y de Jacinto Loyson parecen inspiradas la una en la otra. Si hubiera uno de los autores esperado dos meses para dar su obra á la escena, la crítica habría dicho: ¡plagio! Todo, en efecto, todo lo exterior, todo lo teatral, todo lo que es estructura y factura, es idéntico. En las “Almas enemigas” vemos á un sabio darwinista casado con una mujer piadosa. El sabio, que cree haber descubierto el esqueleto del pitecantropo, se hace cada día más enemigo de toda fe ciega y de todo dogma religioso. Pero al mismo tiempo, por un fenómeno frecuente, su esposa se acerca cada vez más á la iglesia. De la unión de esos seres nace una niña, Florencia, que crece al lado de la madre y que parece inclinada al misticismo. “Es necesario abrirle los ojos—dice el padre;—es necesario hacerla comprender que el catolicismo es una mentira; es necesario hacerla ver la verdad de la ciencia.” Al mismo tiempo la madre piensa: “Es indispensable salvarla de la influencia perniciosa de mi marido y fortificar su fe naciente.” La lucha, la eterna lucha comienza. Cada uno de los adalides que se disputan el imperio del alma joven, pone un ardor tal en el combate, que la sensación de crueldad llega á ser angustiante. La pobre Florencia, que oye á su madre y que comprende á su padre, siente que su alma se desgarrá poco á poco. ¿Cómo conciliar la fe y la idea? ¿Cómo armonizar los amores opuestos? Y así, después de sufrir mucho, muere, en una escena admirable, dejando á sus padres en la duda. “Dinos—le preguntan ambos—dinos á cuál de nosotros le das la razón.” Ella les dice: “Al amor de ambos”. Y cierra para siempre sus hermosos ojos dolorosos.

*
* *

En el «Otage». de Trarieux, encontramos á los mismos personajes. He aquí al padre que se llama Sergio y que es prefecto de la República; he aquí á la madre, la señora Sautenil, especie de monja sin hábitos; he aquí á la hija, en fin, á la pálida Verónica, que ha llegado á la edad en que las niñas, vestidas de blanco, hacen su primera comunión. Hasta entonces Sergio no ha notado que su hija, la carne de su carne, el alma de su alma, crece en una "atmósfera de falsedades y de supersticiones". Los libros que lee son, en efecto, libros católicos. "Ha llegado el momento de poner un remedio á este envenenamiento moral"—exclama. Y por primera providencia, prohíbe que Verónica comulgue. La madre, por su parte, piensa que el instante de defender á su hija de las garras del ateísmo representado por Sergio, ha sonado. "Yo la haré comulgar"—dice. Y con violencia y con ternura, con amor y con austucia, con paciencia y con amor, los dos adalides empeñan la lucha por el alma infantil, la lucha de siempre, la lucha para siempre. Ya veis que hasta aquí la situación es idéntica. Pero aún hay algo más extraordinario, y es que en este drama, como en el otro, la niña, debilitada por el perpetuo esfuerzo de su alma,

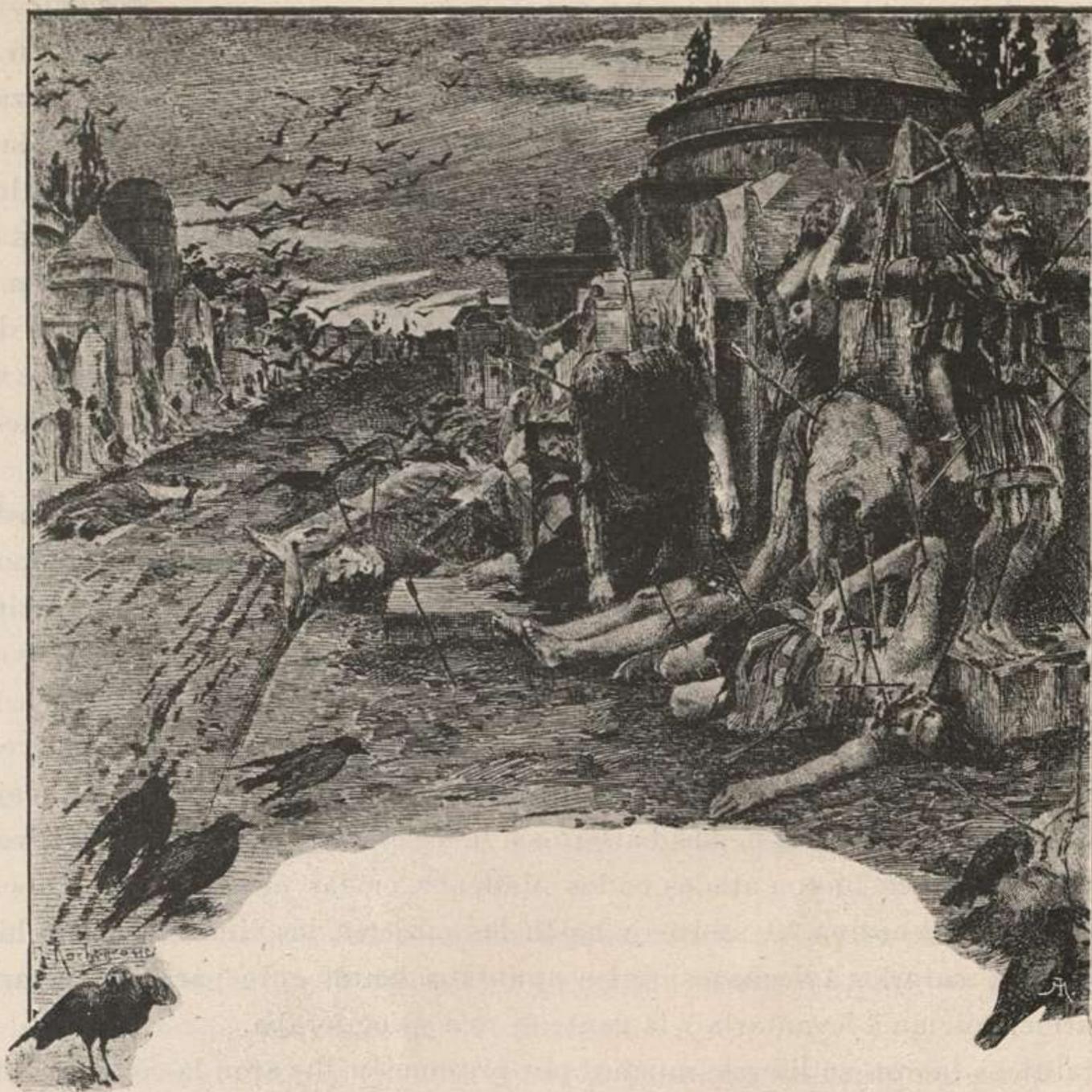
desquiciada por la angustia que le causa la sorda pelea de los seres más queridos, acaba por sucumbir sin decidirse por ninguna de las dos maneras de comprender el mundo que se le ofrecen.

*
* *

En la evolución del teatro actual de Francia estas dos obras tienen un interés muy grande, pues vienen á confirmar la idea de que la antigua pieza de amor y de celos, de adulterio y de intrigas, ha muerto, ó por lo menos está á punto de morir. Un soplo nuevo, vivificador y refrescante, orea el campo de las imaginaciones teatrales. El horizonte se ensancha. A lo lejos en el porvenir que hará la realidad de mañana, ya no es sólo una falda de seda la que flota, ya no es sólo una cabellera despeinada la que brilla, ya no son sólo dos pupilas amorosas las que lucen. Todo lo que es vida, todo lo que es ensueño, todo lo que es dolor, todo lo que es idea, todo lo que es problema, todo lo que es duda, todo lo que es misterio, todo, en fin, todo de todo, aparecerá al fin en el teatro, y el escenario será así un vasto reflector de la existencia sin preferencias y sin engaño.

E. GÓMEZ CARRILLO.





CAPITULO IX

EN CAMPAÑA

El Suffeta pensó que los Mercenarios le esperarían en Utica, ó se revolverían contra él, y comprendiendo que no tenía fuerzas suficientes, ni para acometer ni para resistir, marchó hacia el Sur por la orilla derecha del río, poniéndose de este modo, provisionalmente, al abrigo de una sorpresa.

Quería, disimulando la rebelión, separar las tribus de los bárbaros; después, cuando estuviesen aislados, caería sobre ellos y los exterminaría.

En catorce días pacificó la región comprendida entre Thouccaber y Utica, y otras ciudades más al Occidente, como Figuicaba, Tessourah, y Vacca; Zunghar, edificada en la montaña; Assuras, célebre por su templo; Dgeraado, fértil en viñedos. Thapitis y Xagur le enviaron embajadores. Los campesinos llegaban trayendo víveres; imploraban su protección, besaban sus pies, los de los soldados, y se quejaban de los bárbaros.

Algunos le ofrecían en sacos cabezas de Mercenarios, muertos por ellos, á lo que decían, pero que en realidad habían cortado á los cadáveres, de los que se habían extraviado en las viñas.

Para deslumbrar al pueblo, Hamilcar envió al día siguiente de la victoria los dos mil soldados que aprisionó en el campo de batalla y que llegaron por compañías de cien hombres cada

una, los brazos atados á la espalda á una barra de bronce, de cinco en cinco; y los heridos corrían también, flagelados por los látigos de los jinetes.

Fué un delirio de alegría! Se afirmaba que habaín quedado seis mil bárbaros en el campo de batalla, que los otros no re-istirían y que la guerra había acabado. La gente abrazábase en las plazas y se frotó con manteca y sinamomo el rostro de los dioses Pataicas en acción de gracias, y los cuales con sus grandes ojos, su vientre enorme, y los brazos levantados hasta los hombros, parecían vivir por la reciente pintura y participar de la alegría popular. Los Ricos dejaban sus puertas abiertas, y en la ciudad todo era regocijo. Los templos se iluminaron por la noche y las sacerdotizas de la diosa bajaron hasta Malqua, prostituyéndose en las encrucijadas de Sicomoro. Se otorgaron tierras á los vencedores: se dispusieron holocaustos para Melkart: se votaron cien coronas de oro para el Suffeta, cuyos partidarios querían que se le otorgaran nuevas prerrogativas y honores.

Hamílcar solicitó de los Antiguos que propusieran á Autharito cambiar por Giscón y los demás cartagineses á los otros bárbaros si era preciso. Los libios y nómadas que componían el ejército de Autharito, apenas conocían á los mercenarios que eran de raza griega ó latina; y puesto que la República les ofrecía tantos bárbaros á cambio de tan pocos cartagineses, es que unos tenían mucho valor y los otros carecían de él. Temían caer en un lazo.

Autharito rehusó, y entonces decretaron los Antiguos la ejecución de los cautivos, aun cuando el Suffeta les había escrito que no los matasen, pues quería incorporar á los mejores en sus filas y de este modo excitar á los demás bárbaros á la deserción; pero el odio no tuvo espera.

Los dos mil bárbaros fueron atados en los Mappabs, en las piedras de los Cipos, y los mercaderes, los pinches de cocina, los sastres y hasta las mujeres, las viudas con sus hijos, cuantos querían acudían á matarlos á flechazos; se les apuntaba lentamente para prolongar el suplicio; bajaban el arma, volvían á levantarla y la gente se reía y vociferaba.

Los paralíticos fueron en literas; muchos por precaución llevaron la comida y otros pasaron la noche en aquel lugar horrible. Levantaron tiendas y bebían á discreción; muchos ganaron grandes sumas alquilando arcos.

No se retiraron los muertos crucificados, que parecían estátuas rojas sobre las tumbas.

La sanción de los dioses no faltó en aquella ocasión: de los cuatro puntos cardinales llegaron bandadas de cuervos que trazaban grandes círculos en el aire y graznaban continuamente. A veces, aquella negra nube deshacíase de pronto, ensanchando sus espirales oscuras; era que una águila la atravesaba. En las terrazas, en las cúpulas, en los puestos de los obeliscos, en el frontón de los templos, se veían grandes aves de rapiña que sostenían en el pico enrojecido piltrafas humanas.

A causa del mal olor, los cartagineses se decidieron á desatar los cadáveres; algunos se quemaron y otros se arrojaron al mar, cuyas olas, empujadas por el viento del Norte, los depositaron en la playa, frente al campo de Autharito.

El castigo aterrorizó á los bárbaros: se les vió plegar sus tiendas, reunir sus rebaños, poner sobre asnos sus bagajes y alejarse á favor de la noche.

Autharito debía dirigirse desde la montaña de las Aguas Calientes hasta Hippo Zarita, privando al Suffeta de la posibilidad de volver á Cartago sin combatir. Entretanto los otros dos ejércitos tratarían de alcanzar al Suffeta en el Sur, Spendio por el Oriente y Matho por el Occidente, de modo que juntándose los tres, pudieran sorprenderle y aplastarle. Un refuerzo que no esperaban se presentó: era Narr'Havas á la cabeza de trescientos camellos cargados de pez, de veinticinco elefantes y de seis mil jinetes.

Contó que el Suffeta había querido sublevar á sus soldados; pero que él, prevenido por el hijo de su nodriza, fué al sitio donde estaban los rebeldes, y los venció fácilmente.

Los jefes de los cuatro ejércitos deliberaron; la guerra sería larga y era preciso preveer todas las contingencias.

Se convino en reclamar el auxilio de los romanos y se ofreció aquella comisión á Spendio, pero como era tráfuga, no se atrevió á encargarse de ella. Doce hombres de las colonias griegas se embarcaron en Amraba en una barca de los númidas para ir á Roma. Los jefes exigieron de todos los bárbaros el juramento de una completa fidelidad. Diariamente inspeccionaban los capitanes el uniforme y el calzado; se prohibió á los centinelas el uso del escudo, que á veces apoyaban en su lanza para dormir de pie; á los que arrastraban algún bagaje, se les obligó á prescindir de él: como los romanos, todo debía llevarse á la espalda. Por precaución contra los elefantes, Matho instruyó un cuerpo de caballería en el cual el hombre y el caballo desaparecían bajo una coraza de piel de hipopótamo erizada de clavos, y para proteger los cascos de los caballos, les envolvían en cuerdas de esparto.

Se prohibió saquear los pueblos y tiranizar á los habitantes que no fueran de raza púnica. Como el país se iba quedando exhausto, Matho ordenó distribuir víveres sin cuidarse de las mujeres, con quienes al principio los compartían. Por falta de alimentos muchas se debilitaron y surgían frecuentes querellas y riñas porque algunos se atraían á las compañeras de los demás, ofreciéndolas su ración. Matho las echó á todas sin excepción, y entonces se refugiaron en el campamento de Autharito, pero las galas y las libias, á fuerza de ultrajes, las obligaron á marcharse; algunas pidieron refugio á los cartagineses y otras se obstinaron en seguir á los ejércitos, llamando á sus hombres, sujetándoles por los mantos y presentándoles á sus hijos desnudos que lloraban.

El genio de Moloch poseía á Matho, quien á pesar de la voz de su conciencia, ejecutaba acciones espantosas, creyendo que obedecía la voluntad de su dios. Cuando no podía talar los campos, mandaba cubrirlos de piedras para esterilizarlos.

A fuerza de mensajes obligaba á Autharito y á Spendio á que se apresuraran. Pero las operaciones del Suffeta eran incomprensibles, pues habia acampado sucesivamente en Eidus, Monchar y Teheut; las avanzadas creyeron verle cerca de Ischul, cerca de las fronteras de Narr'Havas y se supo que habia atravesado el río sobre Teburba como para regresar á Cartago.

Aquellas marchas y contramarchas fatigaron á los cartagineses, y las fuerzas de Hamícar, sin renovarse, disminuían cada día; los campesinos le proporcionaban víveres cada vez de peor gana; en todas partes hallaba una resistencia pasiva, un odio taciturno. A pesar de sus súplicas al Gran Consejo, no llegaba ningún socorro de Cartago.

Entonces, desesperando de la República, Hamícar tomó lo necesario de las tribus para proseguir la campaña: granos, aceite, madera, bestias de carga y hombres. Los habitantes huían de sus casas á su aproximación; encontraba vacías las aldeas por donde pasaba y en vano buscaba en las cabañas: el ejército púnico se veía rodeado por una soledad espantosa.

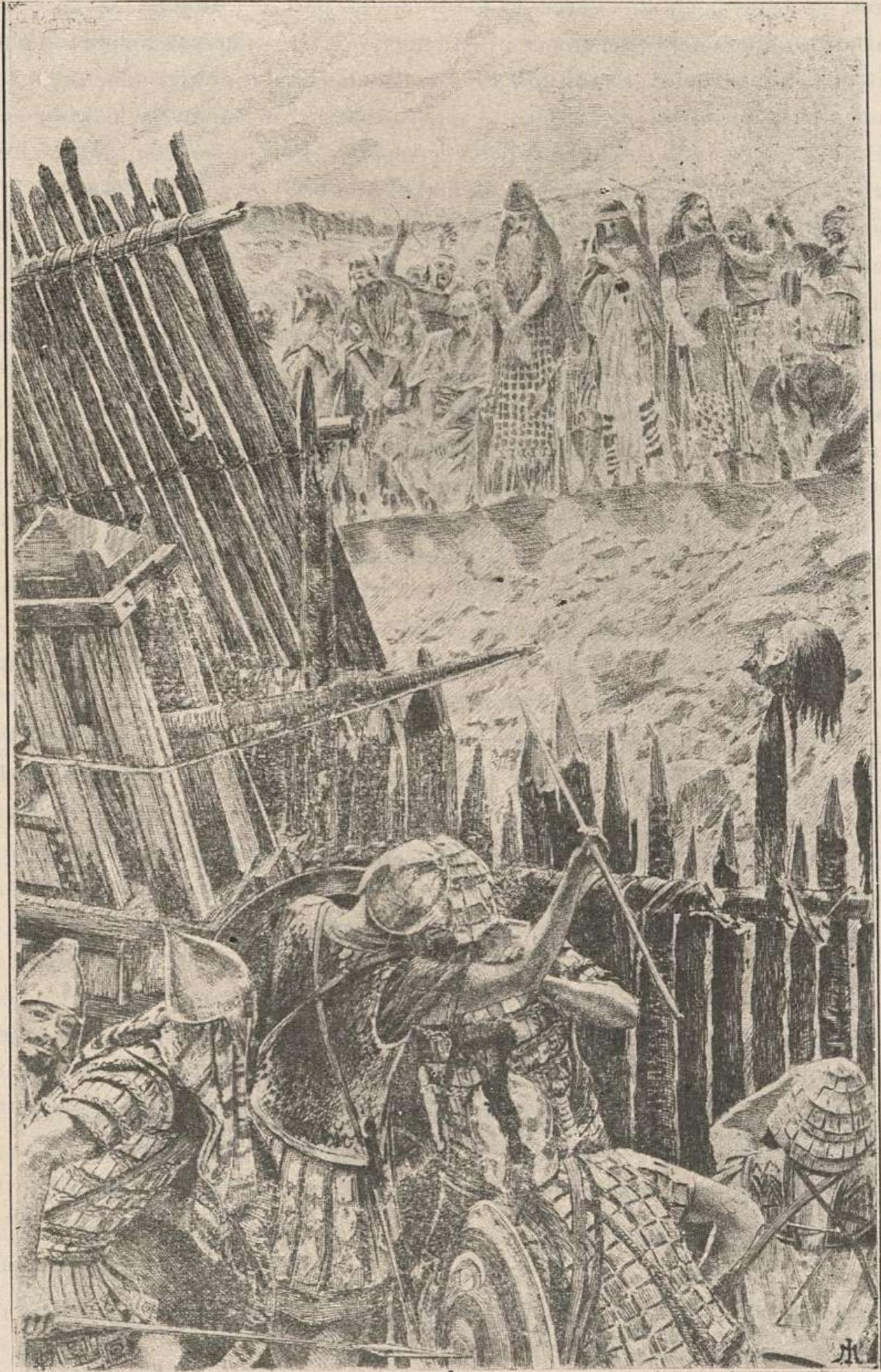
Los cartagineses, furiosos, saquearon las provincias, cegaron las cisternas é incendiaron las habitaciones.

A veces, junto á los caminos, veían relucir entre los árboles unas pupilas centelleantes; era algún bárbaro que en cuclillas y cubierto de polvo para confundirse con el color de hojas secas, les espiaba.

Ni Utica ni Hippo Zarita le enviaron tampoco socorros; no se atrevían á comprometerse y contestaron vagamente.

Pero Hamícar quería de todas maneras un punto en la costa y el puerto de Utica era el que le convenía, para poder aprovisionarse.

El Suffeta dió la vuelta al lago de Hippo Zarita con gran cautela; disponiendo sus regimientos en columna para subir la montaña que separa los dos valles. Al ponerse el sol y bajando por una



estrecha cañada que se iba ensanchando en forma de embudo, advirtieron ante ellos, junto al suelo, lobas de bronce que parecían correr sobre la hierba.

Luego vieron altos penachos y oyeron un canto formidable acompañado de un ritmo de palmas. Era el ejército de Spendio formado de campesinos y griegos que por odio á Cartago habían adoptado las insignias romanas. Al mismo tiempo, á la izquierda, aparecieron largas lanzas, escudos de piel de leopardo, corazas de lino, hombres desnudos; eran los iberos de Matho, los lusitanos, los balearés, los gétulos; resonó el relincho de los caballos de Narr'Havas que se esparcieron al rededor de la colina; luego llegó la muchedumbre que mandaba Autharito: galos, libios y nómadas, entre los cuales se distinguían los comedores de cosas inmundas por las espigas de pescado que llevaban en las cabelleras.

Los bárbaros, combinando exactamente sus movimientos, se juntaron; pero sorprendidos al verse enfrente del enemigo, permanecieron algunos minutos inmóviles, como consultándose.

El Suffeta dispuso sus hombres en círculo cerrado, de manera que pudieran ofrecer por todas partes igual resistencia; los mercenarios estaban cansados; mejor era esperar el nuevo día. Seguros de su victoria, los bárbaros, durante la noche, sólo se cuidaron de comer y dormir, al calor de grandes fogatas que deslumbrándoles, dejaban en la sombra al ejército púnico. Hamícar hizo abrir al rededor de su campamento, como los romanos, un ancho foso de quince pasos y diez codos de profundidad; así, al levantarse el sol, los mercenarios quedaron pasmados viéndolos atrincherados como en una fortaleza, y comprendieron que si todos atacaban á la vez, se exponían á una derrota segura, porque su mismo número les perjudicaría. Además ¿cómo salvar el foso? Los elefantes no estaban bastante adiestrados.

—¡Sois un hato de cobardes!— exclamó Matho.—Luego, capitaneando á los mejores se dirigió contra la trinchera, pero una nube de piedras le hizo retroceder, lanzada por las catapultas abandonadas que el Suffeta había tomado en el puente.

Los bárbaros, al ver aquella dificultad, se amilanaron; querían vencer, pero arriesgándose lo menos posible. Spendio pretendía rendir por hambre al ejército púnico, conservando las posiciones que tenían. Entonces el Suffeta entabló negociaciones para ganar tiempo, y una mañana los bárbaros hallaron en sus avanzadas un pergamino con proposiciones escritas; Hamícar decía que los Antiguos le habían obligado á hacer la guerra, y para probarles que mantendría su palabra, les ofrecía el saqueo de Utica y de Hippo Zarita; y terminaba diciendo que no los temía, porque había ganado con dádivas á algunos tiradores que acabarían con ellos.

Los cuatro jefes se reunían todas las noches en la tienda de Matho y en cuclillas, al rededor de un escudo, adelantaban y hacían retroceder con cuidado pequeñas figuras de madera, que eran invención de Pyrrho para ensayar las maniobras.

Mientras deliberaban los bárbaros, el Suffeta aumentó sus defensas; hizo ahondar un doble foso y en los ángulos del campamento levantó torres de madera.

Desde el fondo del anfiteatro en que estaban asediados, veían de continuo en las alturas los cuatro campamentos de los bárbaros. Algunas mujeres pasaban con pieles en la cabeza; cabras corrían balando entre los pabellones de picas y lanzas; los centinelas se relevaban y los soldados comían al rededor de los altos trípodes.

Desde el segundo día, los cartagineses habían advertido en el campamento de los mercenarios un grupo de unos trescientos hombres apartados de los demás. Eran los Ricos, prisioneros desde el comienzo de la guerra. Los libios los alinearon junto al foso, y apostados detrás, sirviéndose de sus cuerpos á modo de escudos, lanzaban javalinas. Algunos cartagineses sollozaban estúpidamente; otros gritaban á sus amigos que tiraran contra los bárbaros. Había uno inmóvil y con la frente baja que no hablaba nunca. Su gran barba blanca casi llegaba hasta sus manos

cubiertas de cadenas, y en aquel hombre los cartagineses reconocían á Giscon; aunque el sitio era peligroso, todos se empujaban para verlo. Se le habia puesto en la cabeza una tiara grotesca de piel de hipopótamo incrustada de guijarros, inventada por Autharito, pero que disgustaba á Matho.

Hamilcar, exasperado, hizo abrir las empalizadas decidido á pasar, y con ímpetu furioso; los cartagineses subieron hasta la mitad de la falda de las colinas; pero bajó de ellas tal torrente de bárbaros, que no tuvieron más remedio que retroceder apresuradamente. Uno de los legionarios que quedó rezagado, cayó entre las piedras; Zarxas fué hacia él, y derribándole le hundió un puñal en la garganta; luego lo sacó, aplicó los labios en la herida y chupó la sangre con avidez; después sentóse sobre el cadáver y entonó una canción balear llamando á sus hermanos al festín; por fin, bajó lentamente la cabeza y lloró. Aquel espectáculo aterrorizó á los bárbaros, sobre todo á los griegos.

Los cartagineses no intentaron otra salida y no se atrevían á rendirse, seguros de perecer entre suplicios atroces.

El hambre más horrible reinaba en el campamento, en donde únicamente quedaba un poco de trigo y unos sacos de fruta seca. No había ni carne, ni aceite, ni hierba para los caballos. Todos echaban de menos sus casas, sus familias. De continuo era preciso rechazar ataques: las torres ardian; los comedores de cosas inmundas asaltaban las empalizadas. Una lluvia de hierro y piedras caía sobre las tiendas y para librarse de los proyectiles, los cartagineses levantaron espesos cañizos de juncos, en donde permanecían sin moverse. Hamilcar estaba tan indignado contra Cartago, que hubiera deseado unirse á los bárbaros para atacarla. Ni el Gran Consejo, ni nadie enviaba un socorro ó una esperanza. La situación era intolerable y se pensaba que llegaría á serlo más.

En Cartago, al tener noticias del desastre, se maldijo el nombre del Suffeta, más que si se hubiera dejado vencer desde el principio. Faltábanles dinero y tiempo para buscar otros mercenarios y era imposible equipar nuevos soldados en la ciudad.

El Suffeta había tomado todas las armas y con él estaban los mejores capitanes. Creían que el Suffeta después de la victoria, debió aniquilar á los mercenarios. ¿Por qué se le ocurrió saquear á las tribus? Los mercenarios, los pescadores, hasta los bañeros y los vendedores de bebidas calientes, discutían los planes de campaña del Suffeta; no había hombre que no se creyera con derecho á dar su voto.

Los sacerdotes afirmaban que su derrota era el castigo de su impiedad; recordaban que jamás ofreció holocaustos, que no había purificado sus tropas, que rehusó llevar auguro en las filas y exigieron del Gran Consejo la promesa de crucificarle si por azar volvía á Cartago.

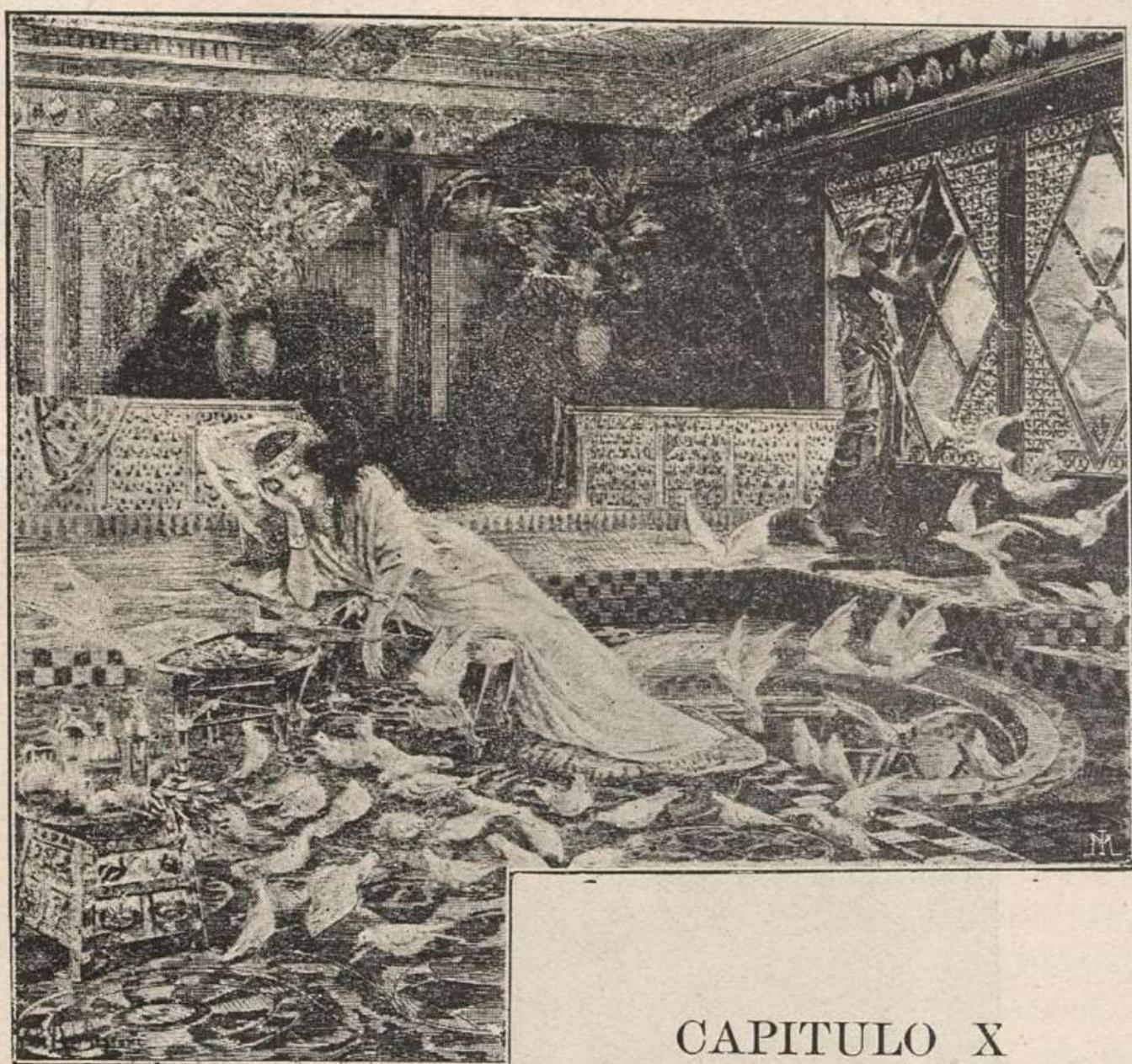
Un delirio fúnebre agitaba á la ciudad. Los gritos de las mujeres llenaban las casas y hacían volver la cabeza á los que pasaban. Alguien había dicho que los bárbaros llegaban; que se les había visto tras las montañas de las Aguas Calientes; que estaban acampados en la llanura.

Pero pasaba el terror y la cólera renacía. La convicción de la impotencia aplastaba á los cartagineses bajo una inmensa tristeza que aumentaba cuando subidos por la tarde todos los habitantes á las terrazas, lanzaban inclinándose nueve veces, un gran grito para saludar al sol, que se hundía lentamente tras la laguna y por fin desaparecía entre las montañas, hacia donde estaban los bárbaros.

Algunos decían que todas las desdichas provenían de la pérdida del zaimph. Salammbó tenía indirectamente la culpa; debía ser castigada. La idea tomó pronto cuerpo en el populacho. Para calmar á los Baalim era preciso ofrecerles algo de un valor inmenso, un sér hermoso, joven, virgen de antigua estirpe, un astro humano. Diariamente hombres desconocidos invadían los jardines

de Magaca; los esclavos, temblorosos, no se atrevían á rechazarlos. Sin embargo, no llegaban á subir por la escalinata de las galeras; permanecían al pie de ella con los ojos levantados hacia la última terraza. Esperaban á Salammbo y durante horas y horas vomitaban injurias contra ella como perros que ladran á la luna.





CAPITULO X

LA SERPIENTE

Los clamores del populacho no asustaban á la hija de Hamílcar; otras inquietudes más grandes la turbaban: su gran serpiente, el Pyton negro, estaba enfermo. Esa serpiente era para los cartagineses algo así como un amuleto. Creíanla hija del humo de la tierra, pues emerge de sus profundidades y no necesita piés para recorrerla; su marcha recordaba la ondulación de los ríos, su temperatura las antiguas tinieblas viscosas palpitantes de fecundidades, y el orbe que describe mordiéndose la ccla, el conjunto de los planetas, la inteligencia de Eschumn.

La serpiente de Salammbó había rehusado ya varias veces los cuatro gorriones vivos que le ofrecían en el plenilunio y en las nuevas lunas. Su hermosa piel, cubierta como el firmamento de manchas de plata en fondo negro, amarilleaba y estaba arrugada, porque era muy ancha para su cuerpo. De cuando en cuando, Salammbó se acercaba á la cesta de hilos de plata en que dormía, y apartaba la cortina de púrpura, las hojas de loto, las plumas de pájaro. La serpiente estaba arrollada sobre sí misma, inmóvil, como una liana seca; y á fuerza de mirarla, sentía Salammbó como otra espiral, como otra serpiente que subiese del corazón á su garganta y la ahogase.

Desesperábase de haber visto el Zaimph, y sin embargo, se sentía orgullosa por ello; un misterio profundo se ocultaba en el esplendor de sus pliegues; era la nube que envuelve á los dioses, el secreto de la existencia universal; y Salammbó, aun cuando sentía horror de sí misma, deploraba no haber profundizado el misterio.

Cansada de sus pensamientos, se levantaba, y arrastrando sus sandalias, cuya zuela chocaba á cada paso con los talones, se paseaba al azar por la gran sala silenciosa. Las amatistas y los to-

“Revista Moderna de México”

MAGAZINE ILUSTRADO

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado	\$ 3 00
En los Estados y Extranjero.	4 00
Número suelto, en la ciudad	0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO

Director: JESUS E. VALENZUELA. Consultor artistico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA.

DIRECCIÓN: CORDOBANES NÚM. 2. APARTADO 49 BIS.

SUMARIO DEL NUMERO 3

TEXTO.

- Notas Musicales. La Escuela rusa.—José Subirá.
A un Profeta—Salvador Díaz Mirón.
Paisajes Suizos.—Manuel Ugarte.
Abuelita, las doce—Ricardo Mimenza Castillo.
Una maravilla en la capital de la República.—Samuel Gelb.
Historia de Doña María de Avalos y de Don Fabricio, duque de Andria.—
Anatole France.
De Mis Ansias Ocultas.—Roberto Argüelles Bringas.
Cuento de Navidad. Almas Silvestres.—Abel G. Salazar.
En la apoteosis del poeta José Peón y Contreras.—José Y. Novelo.
Discurso del Exmo. Señor Embajador Don Enrique C, Creel, en Washington.
En elogio de los senos.—Luis Castillo Ledón.
La Musa de Ricardo Castro.—Rubén M. Campos.
El Enigma.—Enrique González Martínez.
Marginalia. José Enrique Rodó.—Pedro Enríquez Ureña.
Horas de ausencia.—Andrés González Blanco.
Dos viajeros valencianos.—Blasco Ibáñez.
El Indio.—Emilio Valenzuela.
Los Poetas Jóvenes de América.
Tragedia.—Amado Nervo.
Libros.—L. G.
Agnus Dei.—Alredo Gómez Jaime.
Teatros.—E. de B. E.
Folletín de “La Revista Moderna”.

GRABADOS.

- Pan y Apolo.—Museo del Vaticano.
El Escultor Guillaume, por A Rodín.
Damas distinguidas de Querétaro.—Srita. Dolores Arrué. Srita. Concepción
Rubio.
Maestro Don Ricardo Castro.
José Segarra.
Joaquín Juliá.

LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz que la quina contra Calenturas, Influenza, Debilidad y Anemia.



No exigen dieta.



A la vez que estimulan el apetito y producen sangre y fuerzas, destruyen todo germen de Malaria ó Paludismo sin ser purgantes

¡ HACEN CORRER A LAS CALENTURAS !

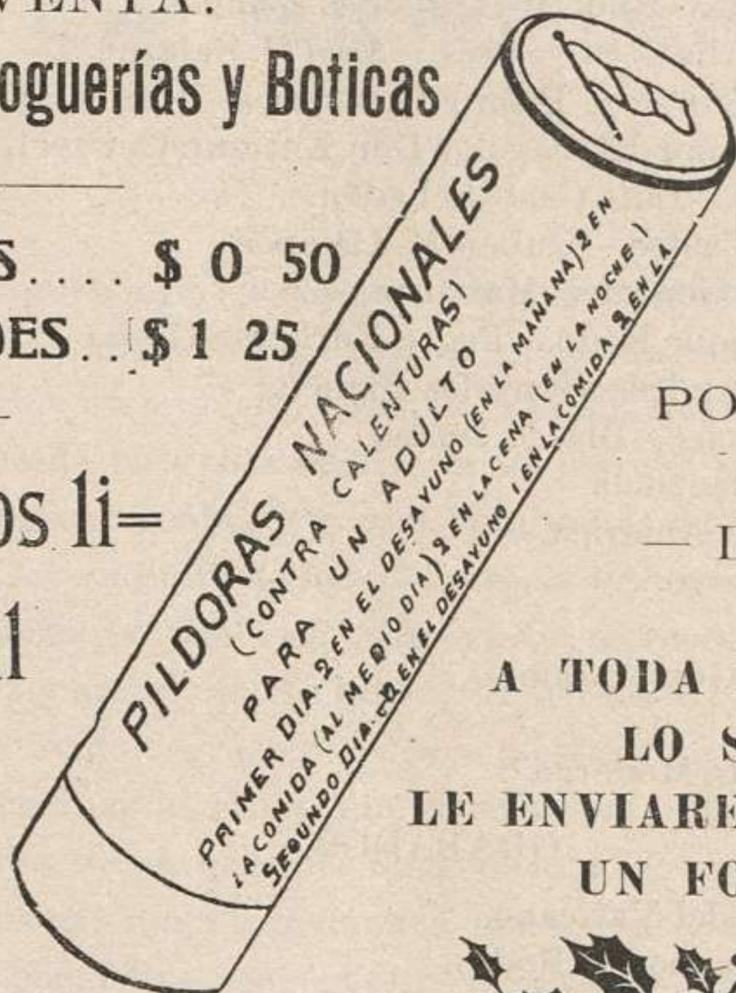
DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

CAJAS CHICAS . . . \$ 0 50

Id. GRANDES . . . \$ 1 25

Descuentos liberales al Comercio



Las enviamos á cualquier parte POR CORREO FRANCO — DE PORTE —

A TODA PERSONA QUE LO SOLICITE LE ENVIAREMOS "GRATIS" UN FOLLETO



Compañía de las Píldoras Nacionales

Primera de San Francisco Número 14